

el **silencio** del **infierno**

FERNANDO ALONSO

El silencio del infierno

Azalen irudien egilea:
Joseba Arregi Erostarbe

Lege gordailua
Depósito legal
Dépot légal
BI. 3064-03

Fernando Alonso

El silencio del infierno



Un grito desde el infierno

Te va a costar leer este relato. No es agradable. Quizás te desvele y tras leerlo no duermas. En el mejor de los casos te despertarás sudando y con pesadillas verdes, rojas, azules...

Es una bajada al abismo, a ese infierno del que tan vehementemente niegan su existencia los que mandan. A ese infierno que no aparece en la mayoría de los medios de "comunicación". A ese infierno que tanta y tanta gente no ve, o, ¿no quiere ver?.

Ese infierno está en nuestras calles, vestido de uniforme, con bata blanca o con toga de juez. Sus muros están construidos en los pasillos de las instituciones, por gentes con corbata a la que vemos todos los días en televisión sonrientes, haciendo llegar a la ciudadanía gran-

des discursos sobre los valores de la democracia, los derechos humanos, la grandeza del Estado de derecho.

Este relato es el reflejo de esa democracia, de ese Estado de derecho y de los valores reales que subyacen bajo los grandes discursos.

El infierno existe. Ahora, mientras estas leyendo este relato, alguna vasca, algún vasco, seguramente varios, estarán en el infierno. Detenidos por la Guardia Civil, protocolados por la Ertzantza, en manos de la Policía Nacional. Incomunicados por alguno de los Jueces de la Audiencia Nacional.

La mayoría de los medios estarán hablando de éxito policial, el Ministro de turno se congratulará de su eficacia y desde la mayoría de fuerzas políticas estarán felicitándose por los éxitos.

Todos ellos saben del infierno, al que todos han puesto algún ladrillo, alguna capa aislante, para que los gritos desgarradores que salen desde las entrañas de las y los detenidos no lleguen a tus oídos, a nuestros oídos.

Por suerte, la gente es valiente y se atreve a contar el infierno. A pesar de las amenazas sufridas, de la humillación, del intento de destrucción de su ser, de lo cruel del recuerdo detalle a detalle, ahí están, rompiendo el silencio, haciendo aflorar el infierno en toda su crueldad. Gracias a ellos intuimos el infierno.

Nadie, salvo nosotras y nosotros podemos quebrar los muros del silencio. Desmontando sus ladrillos para construir un nuevo muro. Un gran muro de contención que nos aleje de la incomunicación, que nos ponga a salvo de los jueces, crueles, de la Audiencia Nacional, de los uniformados de todos los colores, de las leyes antiterroristas que se pasean por congresos, senados, ministerios, jaurlaritza y consejerías varias, de los farsantes forenses que visitan a detenidos, de las mentiras y silencios de los medios de comunicación.

Este relato no debe de paralizarte. Todo lo contrario. El dolor que desprende, la rabia e impotencia que refleja nos obligan a actuar, a activar nuestra voluntad, a ponernos en movimiento para que NADIE, ninguna vasca, ningún vasco sean descendidos al infierno nunca más. El sufrimiento de miles de vascas y vascos nos lo exigen. El futuro nos lo exige. No le fallemos.

TAT
(torturaren aurkako taldea)
www.behatokia.info

El infierno silenciado

Comentaba la escritora euskaldun, Laura Mintegi, que uno de los objetivos de la literatua es, precisamente, contar la verdad, aunque sea a través de la ficción. Contar la verdad, buscarla, pero evitando el simulacro de verdad, eso que tiene que ver más con lo creible que con lo real.

El silencio del infierno es un relato de ficción. Sí. Pero es tambíen no sólo un relato creible, sino real, un reflejo de lo que en Euskal Herria acontece y que muchos prefieren ignorar, como si aquello que no miramos dejara por ello de existir. Quien escribe lo hace en primera persona y ese no es un gesto gratuito ni ningún ejercicio de estilo. Fernando Alonso sabe muy bien de lo que habla, no en vano fue detenido por la Guardia Civil, ese

benemérito instituto que algún intelectual de renombre bautizó como "los cojones de España" y cuya primera divisa se resume en aquel "paso corto, vista larga y mala intención". Así fue que Fernando conoció Intxaurrondo, ese lugar cuyo solo nombre provoca escalofrios, y también los sótanos de la Dirección General de la Guardia Civil.

"Intxaurrondo, te cagas, te cagas, te cagas", grita el guardia civíl al oido del joven recien detenido, camino del siniestro cuartel.

De eso trata el torturador, de que la sola mención de sus fortalezas provoque pánico, una derrota anticipada y que entrar en sus dependencias sea como un viaje al peor de los infiernos, a ese museo de los horrores confeccionado por mentes enfermas y degeneradas que en nada desmerece a las mazmorras de la Inquisición y que nos hace reflexionar seriamente sobre la supuesta evolución ético-moral de la especie humana.

La historia narrada por Fernando se asienta sobre su propio conocimiento, pero tampoco tiene por que ser necesariamente autobiográfica en todos sus detalles, aunque solamente quien se ha visto obligado a vivir una experiencia de este tipo puede escribir como lo hace él, con desgarro no exento de finura, de tirón, como si vomitara todas y cada una de las corrientes recibidas, dejándonos un relato duro y sin concesiones, como la pro-

pia tortura. *"Si algo quiero dejar claro con este relato es que esta historia le puede pasar a cualquiera"*, tal fue el mensaje que a través del viento nos hizo llegar el propio escritor.

Escribir, tomar la palabra para denunciar y hacerlo, encima, desde la cárcel, ese lugar donde el infierno continua como una tortura blanca y silenciosa y en donde la escritura se convierte en un acto militante más que en no pocas ocasiones se paga con castigos y represalias. No es Fernando un neófito en esto de darle al boli. En el momento de su detención era reportero del cercenado diario Egin y también ha publicado "El repartidor de sueños", un libro de relatos cortos que próximamente será traducido al euskara.

El silencio del infierno es un relato violento, un espectro surgido de un tétrico espejo al que debemos enfrentarnos para no hacernos cómplices de la tortura. Y no es fácil. Veremos desfilar a personajes degenerados, sádicos de la peor especie en amable compañía de otros más finos, como ese fantasmal forense que surge y desaparece como un Guadiana o la abogada de oficio que silencia lo que ve, el desvanecimiento del detenido mientras presta declaración, dando celofán de legalidad a lo que está ocurriendo.

Y allí, atrapado y machacado hasta la extenuación, el militante trata de responder con su silencio al silencio

del infierno, de ese silencio prefabricado por los blanqueadores de la tortura, tomen la forma de magistrados de aspecto aburrido e imperturbable o de periodistas adictos. Y resulta así que los silencios dialogan, el silencio amortiguado de los sótanos y el difícil, incierto silencio del torturado. "Que tu viejo calló o puteó como un loco, que es también una linda forma de callar" escribía Mario Benedetti en aquel "Hombre preso que mira a su hijo".

Aquí te dejamos esta historia, no pienses que se trata de una novela de terror adquirible en cualquier kiosko. Enfréntate a ella, estimado lector, o lectora, siente lo que han padecido infinidad de ciudadanas y ciudadanos vascos y no dejes que el silencio te envuelva y te convierta en un cómplice al que el día de la libertad reprenda y sólo acierte a decir "yo no sabía lo que ocurría allí detrás", como algunos ciudadanos alemanes respondían, tras la caida del nazismo cuando les preguntaban si no sabían lo que ocurría en aquellos campos de la muerte.

Ataramiñe 2003

El silencio del infierno

Uno se pasa años pensando en cómo será el día en que vuelva a poner los pies al otro lado de estos muros y resulta que cuando llega el momento todas esas fabulaciones se desvanecen como lo hacen en plena tormenta las gotas de lluvia en un charco. No, ahora no llueve. Tampoco lo hacía el día en que recorrí este mismo trayecto pero en sentido inverso. Entonces, aquel atardecer de cruel verano, crucé en el vientre de una furgoneta de la Guardia Civil esa barrera que ahora veo al frente, ahí delante, tan cerquita. Iba esposado a la espalda y con el cuerpo roto. La cara partida, sin visión en un ojo, los músculos electrocutados, el cuello bloqueado, completamente insensible la mitad derecha de mi cuerpo lacerado. Un guiñapo engrilletado y sudoroso

hasta la inundación a quien el orgullo era lo único que le mantenía firme. Así pasé al otro lado de esa barrera que ahora, desde esta nueva perspectiva, me parece de juguete. Tan vadeable hoy y tan abismo entonces.

Igual que esta tarde, en aquella hacía calor; un pesado atardecer canicular que volvía el aire pastoso y el sudor agresivo. Pero no, hoy no es tan pringosa la atmósfera mesetaria. O al menos a mí no me lo parece. Será porque allá a lo lejos, aunque cada vez ya menos, al otro lado mismo de la barrera de juguete, alcanzo a distinguir algunas siluetas que vislumbro conocidas y a quienes durante una década me han prohibido abrazar. Aunque ésta de hoy fuera la más tórrida de las tardes madrileñas en el más abrasador de los estíos, aunque el aire fuera tan denso que sintiera en la cabeza el rítmico martilleo de las moscas golpeándose al caer fulminadas por la asfixia, aunque a mi paso gritaran los adoquines de la acera como quizás giman los pecadores descalzos en el felpudo del Infierno... aunque así fuera hoy no sentiría la más mínima de las angustias porque me noto ligero y fresco. Nada que comparar a cuando hice este recorrido en sentido inverso. Entonces entraba muerto y hoy salgo vivo y fortalecido.

Diez años dejando volar la imaginación para redimir soñando, para pensar cómo sería, cuando llegara, ese día, hoy, en que ves que la prisión va quedando atrás mientras avanzas hacia tu gente, hacia tu pueblo. Hacia tu abrazo. El tiempo detenido queda burlado a la espalda; las rutinas mortecinas, las miradas sin color, todos esos días en los que tienes que luchar contra el abandono y buscar hasta en los dobladillos del alma alguna razón que te salve de la existencia presente para poder seguir existiendo. Voy dejando atrás el tiempo miserablemente robado pero llevo en la bolsa toda la rabia acumulada por las caricias hurtadas, por todos esos besos en los que hubiera querido perder mi boca en un baile de lenguas fundentes... y no pude porque no me dejaron.

Estas dos bolsas que llevo en las manos parecen livianas, porque lo son, porque dentro apenas porto lo imprescindible, con lo que me quedé desde el pasado domingo cuando saqué a la familia todas mis pertenencias y la celda tomó la apariencia de un cubículo desvencijado e inerte.

La celda es un espacio sin vida propia que se va alimentando de los sueños de sus moradores, es una devoradora parásita de vidas ajenas que creen que la poseen cuando es ella quien verdaderamente los posee. Uno va

disponiendo sus pertenencias en la celda y piensa que así la domina, que toma posesión de ella casi como si de una liturgia sexual se tratara. Pero no es así, porque cuando alguien pasa al interior de un calabozo, él mismo se convierte en mazmorra. Colocas por las paredes tus recuerdos para perpetuar algunos momentos memorables de un pasado que ya no es, que te lo han asesinado. Son tus pertenencias las tablas de salvación a las que te aferras con las uñas ensangrentadas, como un naúfrago desesperado, cada vez que miras a tu alrededor y piensas que tú no estás hecho para vivir preso. El universo se reduce a eso, a esas cuatro fotos que pones en la pared al lado del camastro como estampitas milagreras a las que suplicas que te saquen de allí, que por favor te transporten a esos brazos en los que quieres refugiarte. Son las cuatro estrellas de tu cosmos desahuciado, las cuatro patas sobre las que se asienta tu mundo huérfano. Tus cuatro mil gritos. Tus cuatro millones de sueños. Tus cuatro mil millones de lágrimas... No tienes más que eso, de ahí que la impotencia blasfema de los carceleros se cebe con especial predilección en el expolio de ese delgado hilo que te mantiene conectado a la vida.

Estos últimos días mi celda estaba ya prácticamente vacía porque el pasado domingo saqué todo lo que quería conservar y apenas me quedé con lo justo: unas mu-

das, un par de pantalones y algunas camisetas además de lo imprescindible de aseo.Y poco más. Porque para unos días pensé que me sobraría todo. Pero la celda estaba extrañamente hueca y me producía cierta angustia incalificable. Parecía que no me reconociera; se mostraba ajena conmigo, me rechazaba. ¡Y yo contento de que me repudiara!, porque hay cariños que no los deseo. No quiero para nada el abrazo traidor de mi celda.

Pensé que quizás estaría rabiosa porque me iba, porque la abandonaba; y por eso, aunque deseaba apartarla de mi vista lo antes posible, durante estos últimos días le he estado contando todo lo que iba a hacer cuando saliera. Disparar con el futuro a bocajarro es la mejor de las venganzas contra quien sólo es pasado.

Porque a lo largo de años y años de cárcel, de aislamientos, de dolores y de vomitar rabias uno siempre suele jugar a fabular sobre cómo será el día en que vayan quedando los muros a la espalda y tenga frente a él a toda su gente esperándole al otro lado de la barrera.Ya les veo desde aquí y reconozco a algunos de ellos. Son mi abrazo deseado. ¿Por qué no hago más que pensar en abrazos? Hay ikurriñas. Incluso tengo la sensación de escuchar música. ¡Claro que hay música! Me parece distinguir a mi madre muy próxima a la barrera, esa muga

que ahora es ya de juguete. Creo que mi padre está algo más atrás. Dos de mis hermanos también están en primera fila.

A ella no la veo; pero es que la perdí hace ya algunos años. Aun así, en mis fantasías, también le solía dar un lugar prominente aunque ya no sea mi compañera. No sé, uno piensa en las personas que quisiera abrazar nada más pisar la calle en libertad y siempre tiende a poner personajes quizás contra su voluntad. Pero los pone. Y así, en mis ensoñaciones, siempre hubo un lugar para ella. He echado un vistazo y entre el nutrido grupo policromo que me espera reconozco a bastante gente pero no a ella. Y es que, ¡para qué iba a venir! si un día llegó, dijo que quería rehacer su vida y desapareció. Tenía derecho a hacerlo, así que no pude intentar nada para evitarlo. Cortó mi cordón umbilical sin preocuparse tan siquiera de dejármelo anudado y en la ablación se me fue la vida. Aun así siempre había creído que llegado este día ella sería una de las personas que vendría a recibirme. ¿Será por eso por lo que no hago más que hablar de abrazos?

Ya veo perfectamente a casi todos y ella no está. Es lógico. Tal vez su marido le haya dicho que no sabe qué puede pintar ella aquí; quizás le haya dicho que venga si quiere pero que busque a alguien para que se quede con

la cría porque él tiene cosas ineludibles que hacer y no puede perder la tarde en esas cosas, en esos caprichos. A fin de cuentas es una excusa con suficiente enjundia como para evitar educadamente que ella viniera a verme a la salida de la prisión. Y es que cuando uno imagina cómo será su salida de la cárcel no suele reparar en lo posible.

Hace diez años crucé esta misma barrera hecho añicos a golpes, dentro de un furgón, esposado y solo. Ahora todo el mundo me abraza —me falta el de ella— y me zarandea en un sublime desbordamiento de cariño —¿dónde quedó el suyo?—. Casi no acierto a reconocer a quienes lo hacen porque voy de cuerpo en cuerpo —me falta el que más quería—. Es como si sólo alcanzara a ver bultos de neblina multicolor que se abalanzan sobre mí para agasajarme con fruición. Beso a mi madre. Mi padre se abre hueco y también me besa. ¡Vaya alboroto!; tanto follón me está aturdiendo. No estoy acostumbrado a estas fiestas. A tanta luz. Ahí dentro te vuelves excesivamente íntimo, en ocasiones incluso eremítico diría yo. Claro, ella no ha venido, seguro que no ha encontrado a nadie para que le cuide la niña mientras venía a Madrid. Sigo yendo sin parar de unos brazos a otros, como un barco aunque ya no a la deriva porque todos son puertos amigos. La verdad es que no pensé que todo fuera a

ser así, tan normal, tan simple, tan humano, tan como si no hubiera pasado tiempo. Tan humano.

Uno se hace muchas ideas de cómo será todo esto de la salida y así ocupa los tiempos asesinados. Es una forma como otra cualquiera de tener entretenida la cabeza. Sin embargo, ahora mismo, en el ojo de este huracán desatado de afecto, no recuerdo nada de nada de cómo me había imaginado este momento durante los diez años que he pasado ahí adentro, ahí atrás. Pero me gusta. Es mejor así. Lo prefiero de esta manera. Porque si se hubiera desarrollado según el guión pergeñado en toda una década de cautiverio habría sido mucho más dolorosa y abisal la brecha entre aquella noche de viernes, en que me despedí de mis amigos para dirigirme a casa, y esta tarde de ahora mismo.

Siendo así, absolutamente desbocada como está resultando la salida de prisión, parece más como si de pronto todo hubiera vuelto a sincronizarse sin el más mínimo chirrío de mecanismo alguno. Las ruedas dentadas del tiempo se vuelven a engranar con precisión en mi caja de cambios vital. Por un lado mi piñón, por otro el del mundo y ambos engastándose en un beso.

De ser según había jugado a imaginar, en la sima del cautiverio existiría la sádica constatación de que efectivamente han mediado diez crueles años entre aquella despedida nocturna y este recibimiento al crepúsculo que, no obstante, irradia como la más hermosa alborada. Habría mediado, cuando menos, todo ese tiempo criminal en el que desde una celda o dando vueltas a un miserable patio hemos soñado con el cómo sería el día en que volveríamos a pisar la calle en libertad. Por eso lo prefiero de esta manera, rotundamente irrespetuoso frente al guión. Si ahora sacara el calendario comprobaría que me han robado diez años de mi vida, pero si miro a toda esta gente que me rodea estoy curado. Estoy curado.

Ya digo que no me acuerdo cómo imaginaba yo este momento porque la fascinante realidad me ha hecho olvidar lo fabulado, y que lo prefiero así. Hemos roto la maldición del tiempo robado. Estos abrazos, estos besos, todo este afecto germinado en dos largos lustros han reventado en mil pedazos tantas jornadas de oprobio. Entre más abrazos sísmicos y palmadas en la espalda, achuchones de boa constrictor y hasta golpecitos en la cabeza me van dirigiendo casi a trompicones hacia el coche en el que volveré a Euskal Herria.

Me encuentro un tanto aturdido. Bastante aturdido, me atrevería a decir. Anclo el paso y miro a mi espalda. Allá queda la prisión, al otro lado de esos asquerosos muros lo tiro todo. ¡Todo fuera de mí, no quiero nada! Quedaos con todo; ¡con todo menos con mi rabia!, ésa me la quedo, ésa es la que me ha mantenido vivo hasta hoy. Quedaos con todo, no quiero nada. Pero mi rabia no, ésa me la quedo porque tiene sed, mucha sed, y quiero darle de beber, todo. Mi rabia.

Vaya cómo han cambiado los coches en estos años. No es lo mismo verlos en los anuncios de la tele que aquí en vivo y en directo. Me dicen que me siente atrás pero yo quiero ir delante; la última vez que me subí en un turismo viajé en el asiento trasero y no tengo precisamente un buen recuerdo de la singladura. Cuando me sacaron de casa aquella madrugada de hace ahora una década me introdujeron en el vehículo no sin cierta amabilidad desconcertante. Estaba en mi habitación como me habían dicho que debía mantenerme: la cabeza ligeramente agachada y la mirada clavada en la pared que tenía a menos de un palmo de mis maltratadas narices. Escuché que alguien caminaba hacía mí por detrás y que no eran guardias civiles uniformados porque en las horas que llevaba en esa posición ya me era más que familiar el sonido opaco de las botas militares sobre

la tarima de madera. Oí que alguien decía a quienes me custodiaban que podían marcharse ya; sus pasos alejándose por el pasillo sí eran de suela gorda. Los que se quedaron fueron quienes me bajaron al coche.

Para entonces ya no veía por el ojo izquierdo porque en el momento del asalto a mi domicilio, estando ya en el suelo esposado, indefenso y completamente inmovilizado, una bota me coceó en la cara partiéndome la nariz por su parte más alta y provocándome un derrame interno en el ojo que me lo dejó fuera de combate. No tenía visión por ese flanco pero aun así hice un esfuerzo con clandestina discreción y conseguí distinguir unos mocasines color tabaco y unas zapatillas deportivas. Sus propietarios me advirtieron que me iban a sacar a la calle pero que por nada del mundo se me ocurriera levantar la vista del suelo. Uno de ellos me preguntó si quería taparme la cara porque había gente en la calle y yo le respondí que no. Le habría dicho que quería salir de mi casa con la frente bien alta y rotundamente orgulloso; pero preferí limitarme a un lacónico "no hace falta". Aun así, mi temerosa respuesta no les agradó. El que estaba a mi derecha cogió una tela de loneta cruda que había sobre el aparador de la habitación y me la enrolló en la cabeza. Me tomó del brazo y fue conduciéndome por el pasillo. Tuvimos que ir esquivando los es-

combros que había producido la violenta explosión con la que derribaron la puerta para dar comienzo el asalto. Todavía flotaba en el ambiente el tufo picante de la pentrita; pero no me afectaba la nariz, quizás porque no la sentía.

Alcanzamos la acera. No podía ver a nadie por la postura en la que me llevaban pero sentía que en la calle había gente. Bastante gente. Alguno lanzó un grito que fue seguido a coro por varias gargantas que pronunciaban frases contra la Guardia Civil, por la independencia y de apoyo a Euskadi Ta Askatasuna. Quizás por eso los guardias de paisano me introdujeron con cierto cuidado en su vehículo; casi con amabilidad diría yo. Seguramente no querían problemas en ese momento. Los torturadores son una particular especie de psicópatas íntimos, no les agrada la gente, ni los espacios abiertos, ni la luz, ni la dignidad; son ratas de la más abominable de las oscuridades y gustan de hacer su trabajo en rincones y en grupos reducidos. Son alimañas reservadas.

Pero el coche arrancó en un gemido de gomas y automáticamente su interior se convirtió en zona franca de impunidad. Supe de manera inmediata que estaba ya en el alcantarillado de España.

Yo seguía con la cara tapada pero percibía en la piel el pútrido olor del aliento de los dos perros que se sentaron atrás, a mis flancos. Empecé a sentir sacudidas eléctricas que me quemaban al costado izquierdo del cuerpo y los impactos de las andanadas que me lanzaba en los alrededores de la oreja derecha, a mano abierta, el que viajaba a ese lado. Gritaban todos como enloquecidos: los dos que me flaqueaban, el conductor y el del asiento del copiloto. Yo también gritaba, tal vez por inconsciente empatía. Gritos, calambres y golpes. Y preguntas a las que no esperaban respuesta alguna; una tras otra, y otra más, y otra y otra. Golpes. Calambrazos. Puñetazos a discreción dirigidos hacia los testículos pero que impactaban despreocupadamente en cualquier parte de la anatomía circundante.

Quién está contigo. Habla, hijo de puta, que esto no es más que el principio de lo que te vamos a hacer. Aquí ha terminado tu fiesta y ahora empieza la nuestra. Tenemos días para ir matándote lentamente y de la forma más dolorosa posible. Nos vas a pedir que te matemos mil veces antes de que te dejemos en paz. El que no lo hayamos hecho ya va a ser tu peor pesadilla; y eso si no

nos da por matarte cuando no nos aportes nada nuevo. Quiénes más están contigo.Venga, métele más hostias en la cabeza que éste la tiene muy dura. Más fuerte pedazo de maricón, ¿eso es todo lo que le puedes meter? Mira cómo salta cuando le meto los electrodos en las pelotas. Eso, eso, vamos a darle unos puñetazos en los cojones. Desde aquí delante no tengo buen ángulo para darte pero ya verás en cuanto paremos cómo te voy a poner los huevos, vas a estar un mes sin poder mear. No seas como las maricas de tus jefes que más de uno se nos han meado aquí mismo, y eso sin haber empezado con lo bueno. Como te mees vas a chupar hasta la última gota de la alfombrilla y después vas a limpiar el suelo del coche con la lengua para que no tengamos que oler tus jodidos meados. Dale más en los cojones para que vaya calentando, para que se le vayan preparando para cuando paremos.Ya le estoy dando bien. Fríele los huevos.Vamos a enseñarte primero Inchaurrondo, para que luego puedas decir a tus amigos que has estado ahí, para que te pongan una medalla cuando salgas. Igual si dices que has pasado por Inchaurrondo follas más. Por si acaso dale más en los huevos para que no pueda follar nunca. ¿Por qué no le damos primero un paseo?, hace buena mañana. Sí, podemos hacer un poco de monte para despejar las ideas y que luego nos acordemos de más cosas; ¿verdad?, ¿a que nos vas a contar cosas muy interesantes?

¿Con quién trabajas? ¿Quiénes son los que os dan cobertura? ¿Qué laguntzailes tenéis? Vamos a llevarle al monte para refrescarle la memoria, que parece que no está muy comunicativo. Sí, eso, primero que nos cuente algo interesante y luego le matamos; o le matamos directamente. No seas imbécil, cojones, si le matamos primero se nos acaba la fiesta. Queremos que nos dure para disfrutar un rato, ¿no? pues entonces ¿para qué le vamos a matar ya?, eres gilipollas, los buenos momentos hay que alargarlos y esto es lo mejor de ser Guardia Civil. Eso, eso: la Guardia Civil. ¿Ya sabe este pringado que somos la Guardia Civil? ¿Lo sabías? Somos la Benemérita muchacho, la has jodido y bien jodida. Nosotros no somos como los maderillos esos que pegan con guantes de goma para no ensuciarse. Los maderos son maricones también. Nosotros somos la Guardia Civil y pegamos como los hombres, como siempre se ha hecho; una hostia es una hostia y se da como se debe dar, sin remilgos. Como los hombres. Eso, y sin guantes. Hay que ser maricón para ponerse guantes. Dale más en la cabeza, joder, a ver si entre tanta cháchara se nos va a quedar dormido. Eso, eso, que mientras se habla no se pega y el que tiene que hablar es él. Vamos a desviarnos al monte y le matamos. Tú eres imbécil, tío, cómo quieres que te diga que nos tiene que durar la fiesta, que si lo matamos ya se jodió la diversión. Además, a mí me gusta cuando pi-

den que se les mate; eso sí que me pone cachondo, cuando te dicen que por favor les mates de una vez que ya no pueden aguantar más. A mí se me pone dura. Cuando lloran vaya si me corro de gusto. Venga, hijo de puta, ¿quiénes andáis en el comando? ¿Qué andabais preparando? Se te ha caído el pelo, jovencito, más te habría valido echar a correr al vernos y tirarte a los brazos de vuestros zipayos; porque no sé si sabes que somos la Guardia Civil y que te vamos a enseñar Inchaurrondo. Vamos a darle una vuelta al monte y le matamos; decimos que nos llevaba al zulo, que ha echado a correr y le matamos. Que no vuelva a oírte lo de matarle hasta que no llegue el momento, deja de tocarnos la polla y métele más voltaje que ya no baila como al principio. Joder, dale más hostias que parece que va viajando en primera. Ya le meto yo en los huevos desde aquí; no le des ahora electrodos que le voy a dar unos puñetazos al puchimból. ¿Quiénes trabajáis juntos? ¿Cuántos sois en el talde? ¿Quién es la putita del grupo? Alguna chica tendréis, ¿o no? ¿ Quién es la chica? Vamos a darle una vuelta al monte aunque no lo matemos; venga, tíos, que es muy divertido.

Tengo grabada en la memoria la voz del que iba en el asiento del copiloto cuando ordenó al conductor que girara a la derecha. Modificó la dirección bruscamente. Entonces, el que iba a mi izquierda empezó a gritar eufórico diciendo que aunque no me fueran a matar que era divertido eso de pasear a la mañana por el campo. El de mi derecha les recordó que de principio estaba descartado lo de matarme ahora mismo pero que igual sí que podíamos jugar a algo y que si me moría pues mala suerte porque se acababa el juego. El conductor sugirió que podíamos jugar a algo con la pistola y hacer apuestas. La aportación fue muy bien recibida por los demás. El de la derecha aplaudió con mi cabeza entre medio de sus palmas y el de delante se giró y me estrujó las pelotas.

Por encima de la tela que me cubría la cabeza me colocaron dos bolsas plásticas de basura ciñéndolo todo ello a mi cuello con una banda elástica. Mi universo era ya una noche opaca. Seguían gritándome preguntas al oído, una tras otra y todas ellas en tropel; parecía que no les importara nada la respuesta pues gritaban, preguntaban y golpeaban todo al mismo tiempo sin darme respiro alguno para decir nada. Yo hacía todos los esfuerzos posibles por mantener la serenidad en medio de aquella tormenta negra; procuraba respirar hondo pero entre los

golpes y las descargas eléctricas perdía continuamente el ritmo respiratorio. Además, la nariz partida tampoco ayudaba mucho para la ventilación y los impactos en la cabeza producían un chisporroteo similar a un bombardeo de flashes juguetones que atacaban por cualquier lugar. Aunque hubiera intentado decirles algo me habría sido imposible porque no me daban tregua. Rezumaban sadismo por todos sus poros.

En aquella primera etapa de mi viaje estaba claro que a los barqueros que me llevaban al averno no les interesaba sacar información alguna. Yo no podía pensar. Me era imposible incluso discernir si estaba o no aún vivo. Debía estarlo porque me dolía todo, pero únicamente por eso, por el dolor, tenía la sensación de que todo aquello estuviera pasándome a mí.

De pronto, un frenazo seco con ecos de lamento de piedrilla rasgada. El coche se detuvo. Escuché que se abrían todas las puertas de manera casi simultánea, como mecanismos de un mismo resorte perfectamente sincronizado. Al cabo sentí que alguien me asía brutalmente del cuello del camisero, por un lateral, y en un fuerte tirón me arrojaba al suelo. Iba esposado a la espalda, así que, una vez más, dí con mis maltrechas narices en el suelo. Tras el asalto al piso, no sé precisar durante cuánto

tiempo, se habían dedicado a restregar mi cara completamente ensangrentada por las paredes del dormitorio, así que poca sensibilidad tenía en el rostro después de semejante trato. Pero fue la suficiente como para percibir que el suelo sobre el que me habían arrojado fuera del coche era blando, terroso y húmedo, salteado con algunas pequeñas piedras. Deduje que me habían llevado al monte, tal y como habían adelantado. Me arrastraron por el suelo unos metros jalándome del camisero y obligándome posteriormente a permanecer arrodillado. Percibí que ese suelo ya no era sólo húmedo sino ligeramente fangoso y sentí un frío penetrante en las rodillas. Quizás fuera la helada de la noche o tal vez que me habían arrojado a un charco.

Apenas duró esa gélida sensación porque inmediatamente un golpe con algo recio propinado poco más arriba de la nuca me hizo estremecer y hasta casi perder el conocimiento. Esa vez no fue una lluvia de chispas lo que vi sino una potente luz blanca que creí la del final del túnel de la vida. Después fue que sentí algo en la boca. Por encima de plásticos y tela el cañón de un arma me entró casi hasta la campanilla. Reconozco que tenía tanto miedo que no me dieron ni arcadas cuando el metal me hurgaba en la garganta.

Pensé que me iban a matar. No quería morir. Después, durante los larguísimos interrogatorios a los que fui sometido no hacía más que pensar en que lo mejor hubiera sido que me hubieran dado un tiro allá mismo, en el monte, y así haber podido eludir tanto sufrimiento. Más tarde quería morir. Tiempo después grité, clamé desconsoladamente porque me mataran de una vez para poner fin a todo aquello. Pero en aquellos momentos, cuando hacía apenas quince minutos, calculo yo, que me habían sacado de mi casa tras el asalto y posterior registro, en aquellos momentos no quería que me mataran. Sabía que aún no había empezado lo peor, que aquella primera etapa de mi viaje al infierno de España era sólo la obertura de una tragedia de dolor y sangre por la que impepinablemente tendría que pasar.

Allá jugaron con un revólver alrededor de mi cabeza al tiempo que seguían aplicando las descargas eléctricas y los golpes a los lados de las orejas. Preguntaban mucho pero no esperaban a las respuestas; seguía sin importarles lo más mínimo lo que yo les pudiera decir. O al menos eso me parecía a mí.

Toma vergazo hijo de puta. Pero tú eres imbécil o qué; que no se te ocurra volver a golpearle donde queden marcas hasta que no lo vea el forense. Perdona, se me ha ido la mano. Métele aquí, ¿ves? yo le doy a placer pero con criterio; si es que pareces nuevo. Se le ve muy tieso aún al tipo este, igual hay que ajustarle algo más las gomas para que pierda un poco la compostura.Y tú deja de cantarle al oído que a quien estás dándole por el culo es a mí con esa jodida canción. Es el último éxito de la Euskadi Gaztea; es para que se le quede bien en la cabezota esta de julandrón que tiene, porque no va a poder escuchar más estas cosas durante muchos años. Cómo que años, ¿es que no le vamos a matar? Te he dicho que dejes de decir lo de matarle porque no es el momento de esas cosas; primero habrá que sacarle algo de información, ¿o no?. Bueno, de eso ya habrá tiempo, ahora vamos a patearle la cabeza. No, vas a acabar haciéndole una brecha y por ahora lo único que hay sobre el papel es la hostia en la cara; te repito que cuando pase por el forense ya te lo dejaré todo para ti y le haces lo que quieras, pero ahora no. Lo que quiera no quiere decir que lo mate; ¿o sí?. Pon ya un cartucho en el tambor y vamos a jugar y si se muere pues que se muera. No quiero volver a escuchar lo de matarle ahora; y es una puta orden, así que de matarle nada; si queréis jugamos un rato más y después volvemos al coche. Cada vez salta

menos con los electrodos, mejor vamos a llevarle a Inchaurrondo a que el forense haga el informe y después empezamos a trabajar ya sin tanto remilgo. Sí, mejor; a ver si va a pasar alguien por aquí y se queda con la movida. Venga, mételo al coche y rumbo directo a Inchaurrondo, que tengo ganas ya de darle a este hijo de puta como Dios manda. No metas a Dios en esto. ¿La has tomado hoy conmigo?; déjame vivir, colega, dame vidilla que no sé qué te he hecho hoy para que no pares de meterme caña; caña es lo que hay que meter a éste que lleva toda la mañana de rositas. Vamos al coche, llevamos ya demasiado tiempo perdidos y se preguntarán dónde andamos; vamos a hacer el trámite y a continuación nos ponemos ya manos a la obra como es debido. Y ahora no le jodas la cabeza contra el botaguas del coche, métele en condiciones que todavía nos tiene que durar mucho. Venga, pasa para adentro, puta mierda, que ahora vas a conocer el famoso Inchaurrondo. Te cagas, te cagas, te cagas; vamos a Inchaurrondo. ¡Uhh!, allá te vamos a hacer pedacictos, nos vas a contar todo lo que sabes y después te vas a pudrir en la cárcel. En Inchaurrondo todos se cagan, qué miedito, qué miedito; en Inchaurrondo todos se cagan y estamos llegando ya a Inchaurrondo.

No recuerdo frases concretas de aquellos momentos porque gritaban todos al mismo tiempo y las voces de unos y otros se entremezclaban. Había cuatro txakurras, eso sí; eran cuatro porque dos eran los que me habían sacado de casa, otro entró nada más meterme a mí y un cuarto conducía. Por eso debían ser cuatro los perros que me tenían allá, aunque en mi cabeza las voces de todos ellos eran como una masa acústica pastosa que me envolviera, como algo viscoso que atravesara las dos bolsas de plástico y la tela y me penetrara directamente en los tímpanos. No podría ni tan siquiera asegurar de qué hablaban mientras me golpeaban y zarandeaban porque intentaba centrar toda mi atención en cerrar los oídos y bloquear ese mecanismo del recuerdo que a uno, en circunstancias de ese tipo, puede jugarle una mala pasada. Por eso, a mi alrededor todo eran gruñidos; y de entre ellos una frase y una palabra que pasaban directas hasta el epicentro mismo del terremoto que tenía en mi cabeza. La frase era: vamos a matarle. La palabra: Inchaurrondo. Quizás por eso, porque sabían que esas palabras pasan hasta adentro sin llamar, las repetían tantas veces.

Me anduvieron colocando el cañón del arma no sólo por la cabeza sino también por diferentes partes del cuerpo, aunque lo que a mí más me alteraba era cuando me lo introducían en la boca. Uno agarraba de la man-

díbula apretando fuertemente con los dedos para hacer que abriera la boca y seguidamente entraba el cañón hasta la garganta llevándose por delante todo el envoltorio de la cabeza. Las arcadas me hacían revolverme y cabecear violentamente porque necesitaba aire. Entre las bolsas de basura y que tenía la nariz inservible estuve en varias ocasiones a un punto de la asfixia. Pero cada vez que hacía desesperados intentos por zafarme inmediatamente comenzaba el baile de golpes y ya no sentía más náuseas. Ni más nada. Sabía que más tarde vendrían los interrogatorios, que todo aquello no era más que la creación del ambiente de terror adecuado para que después, ya en el lugar conveniente, me tuvieran más a su merced, más vulnerable a sus preguntas. Sabía perfectamente que lo que intentaban era romperme psicológicamente, hacer añicos todas mis defensas y dejarme a punto para los posteriores interrogatorios. Me estaban preparando, pero yo también lo estaba haciendo para echar tierra sobre las ascuas de la memoria y callar en el infierno. Sobre todo para callar. Para no violentar el debido silencio del infierno.

Condujo un tramo sobre firme irregular y a bruscos volantazos. Poco después el coche avanzaba ya a más velocidad y en suave rodada, por lo que deduje que habíamos tomado alguna carretera rápida. Tras ello hubo un

fuerte viraje y una breve rampa de subida, que hizo que el txakurra de la derecha cayera sobre mí. Un frenazo. El conductor rompió en blasfemias insultando gravemente a alguien que se encontraba en el exterior. Le gritaba, absolutamente enfebrecido, que levantara la barrera. Todos dejaron de vocearme a mí para dirigir sus gritos hacia quien parecía no haberles dejado libre el paso a su llegada. Acelerón, más volantazos y finalmente el vehículo se detuvo. Las cuatro puertas se abrieron una vez más como un resorte y sentí de nuevo que alguien me tomaba de la pechera y me sacaba al exterior, aunque en esta ocasión no me arrojó al suelo. Jalándome de la camisa fui introducido al interior de una salita donde desde atrás me retiraron las capuchas al tiempo que ordenaban que ni por lo más remoto se me ocurriera girarme ni levantar la mirada del suelo. Era de terrazo.

Al cabo escuché que alguien se acercaba. Dijo que le acompañara y pasé al interior de una pequeña estancia en la que vi, a hurtadillas, una camilla, unos pocos estantes, una mesita y alguna otra cosa más que no alcancé a ver con claridad porque, tal y como me habían ordenado, mantenía la mirada con el ancla arrojada al fondo abisal del gélido terrazo. Supuse que aquel tipo era el forense del que me había hablado, no porque se identificara, que no recuerdo que lo hiciera, sino porque ade-

más de vestir bata blanca (estúpido método deductivo donde los haya(me preguntó si me dolía algo, si tenía algún golpe y me pidió que me levantara el camisero y bajara los pantalones para ver si se apreciaban otras lesiones que ocultara la ropa.

Me pongo a pensarlo ahora y no creo que en ese momento estuviera esposado porque tengo la imagen de que fui yo mismo quien hizo lo que el supuesto forense me pidió. Sin embargo no sabría decir cuándo me habían quitado los grilletes, no tengo ni la más remota idea.

Las marcas más vistosas las debía tener en la cara, así que fue ahí donde se detuvo con más cuidado el de la bata blanca. Le dije que me dolía mucho la cabeza alrededor de los oídos y en la nunca. Se limitó a mirar. No recuerdo que me hiciera nada más. Creo que dijo algo así como que esperara un poco que ahora venían a buscarme; y no sé si ocurrió así o no pero juraría haberle escuchado mascullar mientras se marchaba algo parecido a "que te vaya bien".

Tras él la puerta quedó entornada, y como no escuchaba sonido alguno me atreví a levantar ligeramente la mirada. Había una luz lechosa en la estancia. Creo que

en la puerta ponía algo así como botiquín o Enfermería. Es curioso que recuerde perfectamente haber visto aquel letrero pegado en la puerta pero que no sepa si ponía lo uno o lo otro. Estaba completamente aturdido y atemorizado, por qué no reconocerlo. Tampoco podría asegurar cuánto tiempo estuve allá solo; recordándolo ahora me parece que fueron apenas unos segundos pero, eso sí, los recuerdo muy dilatados, quizás porque era el primer momento en el que me habían dejado en paz, el primer lapso de tiempo en el que no me estaban pegando.

No sé qué intervalo de tiempo transcurrió entre que el supuesto forense de la bata blanca dejó la habitación y regresaron los txakurras; lo único que recuerdo perfectamente es que respiré.

Respiré, sí, pero también me advertí a mí mismo que aquello no había hecho sino comenzar, que el viaje entre mi casa e Inchaurrondo era no más que el aperitivo de lo que vendría después. Y el después no tardó en llegar porque el dolor parece que siempre anda al acecho.

Escuché pisadas e inmediatamente aquel arrebato de valentía que había tenido al quedarme solo para levan-

tar la mirada se me cortó de cuajo y tiré de nuevo la vista contra el terrazo.

Esta vez fue una ancha cinta elástica, como una goma, lo que me colocaron en los ojos. No me habían puesto la capucha de antes pero no veía nada. Con algo que no identifiqué inmovilizaron mis brazos por las muñecas, por detrás del cuerpo. Seguidamente me empujaron afuera, ahora ya sin miramiento alguno, ahora ya directamente a puñetazos, a patadas y rodillazos en los muslos y donde les cuadrara de los alrededores. Yo me doblaba pero no caía. Seguramente gritaba, no lo sé. Fijo que sí. En mi deriva sentí que me topaba contra la carrocería de un coche. Choqué el pecho contra las puertas laterales, cerradas, y golpeé con la frente en el techo. Otro empujón y ya estaba de espaldas al coche.

Entonces comenzó una interminable andanada de puñetazos principalmente en el estómago y en los testículos. Yo sentía que estaba en medio de una rueda de varios txakurras que a golpes me lanzaban de un lado a otro. Como un jodido muñeco roto, una marioneta sin hilos y pateada. Me daban unos y me lanzaban contra los otros que me recibían con más golpes remitiéndome a continuación hacia otro bando. Gritaban. Gritaban mucho. Y seguramente yo también lo hacía porque parece

que cuando gritas te duelen menos las cosas; es como si al vocear se asustara el dolor y el miedo. Quizá por eso gritaba. ¡Claro que gritaba!

No tengo ni idea del tiempo que pudieron estar jugando conmigo de aquella manera, sólo sé que en un momento determinado escuché que uno de ellos les decía al resto que había que marchar, que se estaba haciendo demasiado tarde. Fue en ese momento cuando percibí que me soltaban las ataduras de las muñecas para colocar en los antebrazos y pantorrillas algún tipo de material ligeramente acolchado, una especie de protector que ajustaron con cinta de embalar. No veía nada por la cincha elástica en los ojos, pero jamás olvidaré el sonido quejumbroso de aquella cinta adhesiva al separarse del rollo, quizás fuera que ella también estaba siendo torturada.

Han pasado ya demasiados años de todo aquello y salvo los primeros días tras la detención he procurado, aunque no siempre lo haya logrado, mantener estos episodios bien alejados de la memoria inmediata, de la que atormenta como un trauma navajero. Sin embargo, no se por qué sucede que resulta difícil convertir la memoria

en un pozo sin fondo cuando es el dolor lo que hay que arrojar a sus entrañas.

Ahora que sin pretenderlo me ha dado por recordar aquellos días compruebo que me cuesta precisar algunos detalles. Noto, sobre todo, que a la hora de seguir cronológicamente lo sucedido hay secuencias que no ubico adecuadamente y que lo mismo unas podrían haber sucedido antes que otras, o viceversa.

No sé por qué al montarme hoy en este coche e iniciar el camino a Euskal Herria a la cabeza le ha dado por excavar en zonas de la memoria que pensé enterradas para siempre. Parece que no era así, que no estaban bien enterradas, y en cuanto he subido a este vehículo y el motor se ha puesto en marcha ha sucedido algo semejante en los pistones de mi cabeza y me están retornando imágenes muy dolorosas.

Me fallan las referencias de tiempos, ya lo he dicho, y por eso, ahora que lo pienso bien, no sería capaz de asegurar si aquello de forrarme los antebrazos y pantorrillas con un material acolchado sucedió antes o después de la formidable paliza que me propinaron entre todos antes de empujarme al interior del vehículo. Quizás fuera antes de la paliza y por eso no me dejaron mar-

cas. Eso sí, justo en el momento de introducirme en el asiento posterior, una vez sentado, me inmovilizaron las muñecas con varias vueltas de cinta de embalar dejándome entre medio de los antebrazos el muslo derecho. Debía parecer un ovillo humano sentado allá, en la parte posterior de aquel turismo. Encogido y con ambas manos atadas a la altura del muslo derecho por su cara exterior, en una postura inverosímil: el antebrazo izquierdo pasado bajo el muslo derecho y esa muñeca atada a la derecha por debajo de la zona posterior de la articulación de la rodilla. Hecho un nudo. De la parte inferior del asiento trasero sacaron unos grilletes que me ajustaron a los tobillos.

Entraron todos al coche, cerraron violentamente las puertas e iniciamos un camino que supuse hacia Madrid. Por lo que parecía, mi visita a Inchaurrondo terminaba ahí. El de mi derecha me colocó algo que creí una capucha de tela y volvió a los golpes alrededor de los oídos. El de la izquierda recuperó también los electrodos. El verduguillo picaba y mi propio aliento parecía quemarme la piel. Me percaté inmediatamente de que las preguntas comenzaban a ser más concretas, pero aun así a lo que se dedicaban con mas fruición era a maltratarme.

Al frente veo ahora el peaje de Burgos, ¿o es donde se coge la tarjeta para entrar en la autopista?. Recuerdo que en un momento de aquel viaje en coche hasta el infierno también pasamos por algún peaje. Viajábamos a mucha velocidad, pero en dos o tres ocasiones que redujimos notablemente la marcha hasta detenernos advirtieron que ni me moviera. En esos momentos me echaban la cabeza hacia atrás y ponían encima de la cara una gorra, supongo yo que para tapar la capucha. No es que la viera, porque no podía ver nada, sino que uno de ellos decía "ponle la gorra". Desde la parte delantera del vehículo una voz conminaba a que me hiciera el dormido. En esos segundos no me pegaban. Así que los peajes, o lo que yo así creí en mi lucha por mantener la cabeza ocupada y digna, fueron los únicos respiros de mi viaje a Madrid en manos de la Guardia Civil. ¡Que no eran peajes, que eran oasis!

Pero tal y como temía, aquello no era más que la antesala del infierno; el auténtico orco estaba en los sótanos de la Dirección General de la Guardia Civil.

Me vienen a la cabeza sonidos de ciudad; quizás percibiera aquellos ruidos porque coincidió con que dejaron de pegarme y con algunas detenciones de la marcha, tal vez por semáforos. De ahí que pensara que habíamos

llegado a Madrid. En esa nueva gama de sonidos y con la selva en calma percibí de pronto que los neumáticos rodaban un breve tramo sobre terreno tal vez de gravilla. Finalmente el coche se detuvo y me sacaron de su interior no de muy malas maneras. No sabría decir si fue en el interior del coche o nada más salir cuando me retiraron las protecciones de antebrazos y pantorrillas. Pasamos a un pequeño habitáculo en el que me dijeron que espera al forense. Al poco rato entró un tipo que me examinó las marcas que tenía en el cuerpo y tomó algunas anotaciones sobre el estado en el que me encontraba. No habló mucho el individuo aquel, pero sí que recuerdo que me preguntó si me dolía algo.

Visto desde ahora uno puede pensar que ese es precisamente el momento de decirle que te llevan pegando desde la detención, que, tras apalearte en algún lugar del monte, te llevaron a un sitio que dijeron ser Inchaurrondo donde alguien que se identificó como forense había tomado nota de las lesiones visibles y que seguidamente te habían propinado una impresionante paliza para seguidamente meterte en un coche en el que no han dejado de pegarte y de aplicarte electrodos hasta la llegada al lugar en el que te encuentras; decirle que te asfixiabas con la capucha aquella de material agresivo;

decirle que no paran de amenazar con matarte si cuentas algo de lo que te han hecho. ¡Decirle tantas cosas!

Cuando esto se ve desde afuera puede parecer que ese es el momento adecuado para contar lo que hasta ese momento te han hecho. Pero ¿quién le garantiza a uno que ese individuo es un médico? Puede ser perfectamente otro guardia civil, o incluso igual es doctor pero también guardia. Eso sería lo más posible. En cualquiera de los casos uno sabe que está en un edificio policial, que carece del más mínimo de los derechos o garantías, que su integridad física está a merced de los caprichos de una jauría de torturadores que espera babeando tras el dintel para seguir su baile rojo a puerta cerrada. Quizás incluso estén escuchando la conversación. O quizás no, pero es que no necesitan hacerlo porque quien está frente a ti es con toda seguridad compañero de ellos y le faltará tiempo para salir y contarles lo que le has dicho. Además, ya te lo han advertido nada mas entrar, que, como abras la boca y cuentes algo de lo que está pasando, que las consecuencias serán mucho peores; te recuerdan una y otra vez que estás en sus manos y que puedes seguir estándolo durante cinco días, que no eres nada y que pueden hacer contigo lo que les plazca. Pueden hacer lo que quieran contigo, con tu familia, con tus amigos, con la gente que quieres.

Uno lo ve desde afuera y puede pensar que manteniendo un poco la calma y echándole valor a la cosa puede atreverse a dar el paso de denunciarle a aquel tipo lo que está pasando. Pero el miedo atenaza demasiado y embota la mente, máxime si miras alrededor y te ves en las entrañas mismas de la bestia; además, desde ahí se podía captar perfectamente el olor a los perros que esperaban al otro lado del vano. Así que no fui capaz de decirle nada. Eso sí, me atreví a confesarle que me dolía terriblemente la cabeza. Pero no dijo nada, se despidió y abandonó el cubículo. Creo que ese también llevaba bata blanca.

Tras su salida entraron varios guardias uniformados que me llevaron a otra estancia en la que me hicieron las típicas fotos, las doscientas mil huellas y demás protocolos de esos que estamos cansados de ver en las películas.

Cuando dieron por concluido todo ese procedimiento llegó otro uniformado. Me pidió que agachara nuevamente la mirada y así lo hice habituado ya perfectamente al gesto. Colocó su mano abierta sobre mi cabeza. Empujando hacia abajo fue haciendo que me agachara hasta formar con mi cuerpo prácticamente un ángulo de noventa grados. Entonces, así, a ciegas, em-

pezó a conducirme por diferentes pasillos o lo que fueran hasta terminar en un calabozo. Pasamos hasta el fondo. Me hizo levantar la cabeza acompañando con su mano mi movimiento hasta dejarme la frente pegada a la pared. Eso sí, advirtió que no abandonara esa posición mientras ellos no dejaran la celda y que cada vez que alguien me hablara desde el exterior me colocara inmediatamente en esa misma postura, que siempre que hubiera alguien en el interior del calabozo me situara de ese modo. Después se fue.

Era una celda pequeña y en penumbra, como el rincón de una bodega. Había un camastro pegado a una de las paredes laterales, concretamente a la derecha. Me parece recordar que de largo tenía muy poquito más que aquella cama y de ancho tal vez medio metro más, ahora no me viene a la memoria con claridad aquella imagen, la tengo registrada como en una nebulosa. Creo que no había ningún elemento más allá adentro. Quizás una pequeña mesilla junto a la cabecera del camastro. Eso sí, recuerdo perfectamente que la puerta de entrada era tremendamente angosta, pues al pasar por ella tenia la sensación de ocupar con los hombros casi todo su vano.

Recuerdo también que me senté sobre la cama e intenté recapitular sobre las cosas que les había contado

durante el trayecto hasta Madrid. Trataba de ordenar la cabeza para mantener el mayor tiempo posible el guión que me había preparado entremedio del tormento sufrido durante el viaje. Algún dato les había ofrecido pero, al mismo tiempo, en sus interrogatorios sobre la marcha ellos también me ofrecieron, a sabiendas o no, quién sabe, algunas pistas interesantes como para poder hacerme una inicial composición de lugar.

Por ejemplo, sabía que otros compañeros estaban detenidos, información ésta que me podía ser de gran valor para ir dosificando mis cantadas. De su bombardeo de preguntas había podido averiguar incluso algunos detalles importantes sobre los movimientos previos a que desarrollaran la operación policial, tales como por dónde nos habían seguido, a quiénes de todos nosotros o desde cuando. Desde cuándo, por dónde, a quiénes.

También sabía el tiempo que hacía desde que nos pincharan los teléfonos, lo que me permitiría jugar—no creo que jugar sea la palabra indicada en ese caso, pero bueno(con algunos aspectos interesantes y, así, permanecer más tiempo sin aportar información que pudiera serles verdaderamente de interés.

Sabía que aquello iba a ser una lucha contra el dolor más que contra el tiempo y que en esas circunstancias tan extremas a uno la cabeza le puede jugar una mala pasada y venirse abajo. Quería interiorizar profundamente la certeza de que me portara como me portara, me darían el mismo trato; es decir, que por mucho que me hiciera el bueno y que les diera la sensación de que estaba colaborando, que es lo que me pedían insistentemente, el trato que me dispensarían durante los interrogatorios sería indefectiblemente el mismo.

Sabía positivamente que lo que había padecido hasta el momento no era más que el calentamiento de lo que vendría después. Llevaba horas recibiendo golpes y descargas eléctricas pero era dolorosamente consciente de que eso no era nada en comparación con lo que estaba por venir. Y me preparaba para ello.

Así que en aquel pequeño respiro que me tomé sentado sobre el camastro del calabozo traté de blindar mi conciencia para no desfallecer, prepararme para lo que estaba en puertas y, sobre todo, repetirme una y otra vez, machaconamente, el guión que me había preparado para ganar tiempo y eludir lo más posible cualquier dato que pudiera serles verdaderamente de valor. Me hice una pe-

lícula en la cabeza con la intención de mantener la coherencia del guión durante el mayor tiempo posible.

Estaba en ello cuando escuché pasos de zapatos en el exterior del calabozo. Posteriormente fui aprendiendo que cuando lo que se escuchaba afuera eran botas militares podía respirar pero que cuando el sonido provenía de suela de zapatos de vestir o deportivos era que se aproximaba una nueva sesión de tortura.

Aquella primera visita calzaba zapatos de vestir y las voces me resultaban ya familiares. Golpearon la puerta metálica y gritaron que hiciera lo que me habían dicho que debía hacer. Como un muelle me puse en pie y clavé la mirada en la pared. Inmediatamente sentí que me agarraban de los pelos bajándome violentamente la cabeza hasta la altura de la cintura. Así, jalándome del cabello, que, por cierto, lo tenía bastante largo a pesar de la estación estival y los calores, me sacaron al exterior del calabozo. Golpeé con los hombros en los marcos al pasar por la estrecha puerta.

Me dio la sensación de que lo que había afuera de la mazmorra era algo así como un ancho corredor salpicado a ambos lados de otras puertas de calabozo. Ver no vi nada, pero es la percepción que me quedó grabada.

Quizás por la sonoridad de las pisadas y de las voces de los guardias mientras me arrastraban; quizás porque viera algo de refilón en alguna de las múltiples ocasiones en las que me condujeron a trompicones desde la celda a la sala de interrogatorios. Tal vez por los rumores de apagados quejidos que en ocasiones penetraban en mi mazmorra y que me hacían pensar en el resto de los compañeros detenidos. Ecos de dolores compartidos.

Es curioso, pero a pesar de no haber visto conscientemente nada de aquellos sótanos de la Dirección General de la Guardia Civil, cierro ahora los ojos y estoy seguro que sería capaz de hacer un plano de aquel lugar. Seguramente sea la caprichosa figuración de algo que mis ojos no vieron; o tal vez sí que lo vieron pero no de manera consciente ya que en varias ocasiones sé que hice ese mismo recorrido sin conocimiento. Será eso; será que aunque conscientemente no viera nada de aquel escenario de tortura sí que lo captó alguno de mis sentidos cuando, paradójicamente, iba sin sentido. Probablemente, cuando uno pierde el conocimiento, si los ojos se le quedan abiertos sigue registrando imágenes y, aunque después no recuerde haber visto nada, sí que todo lo sucedido le quede grabado en algún recóndito lugar de la memoria que en ocasiones, de manera involuntaria y sorpresiva, se activa.

Ahora mismo creo que se me ha activado ese mecanismo, porque si aprieto los párpados juraría que en su vientre estanco puedo recrear con absoluto detalle cómo eran los calabozos de la Dirección General de la Guardia Civil. Déjate, prefiero mirar por la ventana del coche y perder la mirada en la meseta castellana. Además, creo que ya estamos en los alrededores de Miranda. Sí, ahí adelante esta el indicador de kilómetros... ¡Al fin a un paso de Euskal Herria!

Aquel primer paseo fui sacado del calabozo por los pelos, y a golpes me introdujeron en una estancia de paredes claras aunque veladas por los tonos terrosos que produce el humo del tabaco. La textura era blanda, como si fueran de corcho blanco, algo parecido a las salas de los estudios de grabación. Quizás por eso deduje automáticamente que se trataba de una habitación insonorizada.

Ahora se me ocurre pensar que debe ser que insonorizan las salas de tortura para que los diligentes funcionarios y cargos políticos que trabajan en las plantas superiores no sean partícipes de lo que sucede poco más abajo, a unos metros bajo sus inocentes pies de ciudadanos de manos blancas y limpia conciencia.

Será por eso por lo que se proclama que en un Estado de Derecho no se tortura; será que como las salas de tormento están insonorizadas la democracia no escucha los gritos de dolor de sus víctimas. Así está la cosa: no es que el Estado de Derecho sea sordo, lo que sucede es que sus cloacas canalizan los gritos hacia las profundas aguas donde se ahogan las lágrimas sin desprender un quejido. Para condenar el sufrimiento que provocan los insurgentes todo son altavoces; los medios de difusión amplifican hasta el paroxismo incluso el más mínimo suspiro de las víctimas que ellos han nombrado como las únicas víctimas. Las únicas. Pero del infierno sólo mana silencio a borbotones.

Puedo asegurar que aquella pared no era dura ya que nada más entrar me golpearon la cabeza contra el golfo de una esquina y me conminaron a quedarme con la frente clavada en el ángulo. Así que estoy indicado para hablar del asunto porque perité correctamente con la testa la resistencia de las paredes; y no una, sino muchas veces.

Entonces, uno de los txakurras se me aproximó por el lado derecho. Iba fumando. Acercó el cigarrillo a mi mejilla e hizo una quemadura en la pared a la altura de

los ojos. Me dijo que por nada del mundo quitara la mirada de esa marca y que cada vez que alguien me lo ordenara o que estuviera sin la capucha que retornara la vista inmediatamente a ese punto. La quemadura debería ser mi única referencia en caso de no estar con la mirada mutilada. Lo de la quemadura debía formar parte de la habitual puesta en escena porque advertí que había varias a diferentes alturas.

No sabría decir cuántos guardias había en la sala, ni cuál era el tamaño exacto de la estancia. Tenía la sensación de que había tres y en ocasiones cuatro individuos, todos ellos vestidos de paisano y únicamente uno calzaba zapatillas deportivas, el resto mocasines ligeros. La habitación tampoco podía ser muy grande, tal vez cuatro por tres metros a lo sumo. Digo esto porque aunque no tuve oportunidad de ver la estancia al completo, ya que cuando no me tenían encapuchado me obligaban a clavar la vista en la asquerosa marca del cigarro en la pared, en algún momento de las numerosas palizas que me propinaron golpeé con las paredes en mi descontrolada deriva y eso me ofreció una cierta estimación del espacio.

Eso sí, recuerdo perfectamente que había una mesa. De formica crema. Quizás no fuera de ese material o incluso no tuviera ese color pero con esas características

me las recupera ahora la memoria. Estoy seguro de que había una mesa porque, lo mismo en mi primera sesión de interrogatorios que en algunas otras posteriores, hubo ocasiones en las que me hicieron firmar papeles. Me levantaban la capucha y las bolsas de plástico hasta las cejas y uno de los torturadores me señalaba con el dedo dónde debía estampar mi firma. También recuerdo haber escrito algunas anotaciones siguiendo sus órdenes.

Tenía que haber también alguna silla en aquel cuchitril. No sé si durante todos los interrogatorios la hubo, pero sí que me ofrecieron una para que me sentara en la última de las sesiones, cuando me hicieron repetir una y otra vez, hasta la saciedad, el guión que prepararon para mi declaración policial. No obstante, en aquel momento concreto tenía que haber más de una silla porque a mi lado había un individuo sentado que era el que me iba tomando la lección. Si me equivocaba en algún aspecto que ellos consideraran relevante recibía un golpe en la nuca con algún objeto cilíndrico.

Para aquel entonces me podían estar dando con cualquier cosa y no habría sido capaz de adivinar con qué me estaban apaleando. Pero afirmaría que los golpes en la cabeza me los propinaban con guías de teléfono enrolladas a modo de porra o similar. Golpes como ha-

chazos romos que se descargaban certeros sobre la base del cuello y los hombros. Embates brutales contra mis destartaladas costas. Tempestad de relámpagos machacando la bóveda de mi cabeza; se les quedaba pequeña la cúpula para tan virulentas explosiones de luz. Una y otra vez: golpes y más golpes. Golpes.

En una de las ocasiones en las que me colocaron varios papeles sobre la mesa para que los firmara vi junto a los impresos una guía telefónica completamente desbaratada, medio enroscada, en parte desvencijada y rota. Me pareció que estaba siendo tan maltratada como yo. La miré con ojos dolientes y nos intercambiamos un mutuo sentimiento mudo de compasión. Juraría que se trataba de un volumen de páginas amarillas de Madrid. No sé si lo vi entonces o es una imagen que me viene ahora, pero pondría la mano en el fuego que una de las guías con las que me golpeaban en la cabeza era de páginas amarillas de Madrid. Pero bueno, ¡qué más da ahora el tipo de listín telefónico que fuera!; vaya cosas que se le ocurren a uno cuando diez años después vuelve a casa rodeado de amigos. ¡Qué felicidad!

El primer interrogatorio creo que fue no más que para que los torturadores calentaran un poco el músculo del Estado de Derecho. No tengo la impresión de que

durara mucho, aunque sí que fue intenso en lo referente a golpes y descargas eléctricas. Para esos momentos, ya, después de llevar ni sé las horas recibiendo calambrazos, puedo asegurar que no los notaba en absoluto; al menos no como los había sentido antes y por eso quizás he utilizado la expresión "en absoluto". Seguramente que seguía dando botes como un muelle ebrio cada vez que me metían voltaje, pero no tengo ahora la sensación de que los notara especialmente; quizás fuera porque los golpes en la cabeza, con los que me machacaban varios txakurras al mismo tiempo, concentraban todo el dolor posible. Todo el dolor que era capaz de sentir en aquellos momentos. Cada golpe era un reventón de luz que salía del epicentro mismo del cerebro arañando todo a su paso. Así que las sacudidas eléctricas me salían gratis, si es que se pudiera frivolizar con estos temas.

Desde aquella primera sesión de interrogatorios ya iba con una capucha en la cabeza. Creo que en ocasiones era una ajustada funda de tela con la que me cubrían, mientras que en otras eran bolsas de basura de plástico. Varias bolsas. Aun así, la mayoría del tiempo lo pasé con ambas cubiertas sobre la cabeza, tela y plástico o plástico y tela, que no sé. El tejido me quemaba la piel, como si diminutas llamaradas me penetraran por los poros de la cara abrasándome desde dentro.

Es curioso, pero tengo un recuerdo de aquella pesadilla como algo similar a que todo lo que sentía brotaba de dentro de mí para ir a desparramarse hacia todos los lados en una violenta explosión de sensaciones dolorosas. Como haces de dolor centrífugo.

Los fogonazos de luz de los golpes en la cabeza, los latigazos de los músculos electrocutados, el fuego de la piel, el sudor corrosivo... todo ese sufrimiento se generaba en zonas aleatorias de mi interior para inmediatamente buscar una vertiginosa salida al exterior, una vía fulgurante de escape que se abría como zarpazo en las entrañas.

El plástico me llevaba al sofoco más agobiante provocándome amagos de asfixia. Los txakurras administraban con gran habilidad ese ahogo, pues ceñían la bolsa al cuello y cuando sentía que me iba era como si ellos lo percibieran antes que yo porque aflojaban el ajuste para que tomara algo de aire. Y vuelta a empezar. Jugaban con ese elemento llevándome al límite mismo de la pérdida del conocimiento pero sin dejar que traspasara la línea. También es cierto que en numerosas ocasiones la sobrepasé ampliamente y caí redondo al suelo. Vamos, supongo yo que caería al suelo.

Está claro que son torturadores profesionales con miles de horas a sus vísceras de interrogatorios a detenidos; quizás por eso alcanzan una cruel empatía tal con sus víctimas que son capaces de llevarte hasta la frontera misma de la muerte y hacerte bailar sobre ella para seguidamente darte el respiro mínimo suficiente como para recuperarte y volver a empezar. Lamentablemente también ha habido a quienes han llevado al borde de la muerte y desde allá mismo los han arrojado a sus brazos. Está tan indefensa la línea entre la vida y la muerte...

La muerte. Cuántas veces grité que me mataran durante todas las sesiones de tormento que siguieron a aquella primera. Sin embargo, resulta paradójico que si bien no paras de pedir que te maten para que acabe de una vez la tortura resulta que cuando sientes que te vas, que te estás muriendo, bien sea ahogado o asfixiado o apaleado o electrocutado o desmembrado o como fuere, uno se agarra incluso al último rescoldo para seguir vivo. Pides que te maten y resulta que cuando lo estás consiguiendo te aferras a la vida.

Con el último aliento del estertor final avivas la agonizante ascua en la que te han convertido.Y es que creo que hay un momento, una fase tal vez, en la que uno no

sabe si está vivo o muerto. Quizás sea la antesala de la nada; o ese trámite en el que la providencia busca tu ficha en los archivadores del destino para comprobar qué te depara para hoy tu estrella. En esos momentos sólo hay vacío. Y lo digo sabiendo perfectamente lo que es porque aquellos txakurras españoles me llevaron en numerosas ocasiones hasta esa vistilla previa antes del juicio final.

Tras la más horrenda de las agonías llegaba un tiempo de calma total, de vacío absoluto en el que ya no había más relámpagos fulgurantes de luz nívea; era como si de pronto se entrara en una cámara de plácida ingravidez. Digo yo que ése será el momento en el que los hados consultan sus informes para ver qué hacen contigo. Hasta ese momento la desesperación se revuelve como puede en el corsé infame de las ataduras, das las coces inútiles de un pura sangre en el potro del herrador, gritas como un loco le grita a otro loco... pero al llegar allá desaparece el sonido. Vacío.

Es después, ya que resulta que no te toca morir en ese momento, cuando retornas al mundo del dolor asiendo con firmeza el instinto de sobrevivir. E intentas coger aire como puedes. Y te revuelves buscando vida. Y

pateas por quedarte en el mundo, aunque ese mundo, en ese momento, vuelva a ser el infierno de la tortura.

Poco después volverás a clamar que te maten y una vez más, mientras la muerte te lleve del brazo como una novia feliz, de pronto le dirás que no, que te quedas, que quieres seguir viviendo porque el sueño de todo luchador es ver algún día el fruto de su lucha. Y para eso hay que seguir respirando. Y por eso vuelves a la luz aunque suponga más tormento.

Sólo los frustrados y cobardes buscan el noviazgo de la muerte; nosotros somos los amantes infieles y burlones de la vida. ¡Cuántas veces grité que me mataran y cuántas veces retorné con las uñas a la vida! La vida.

Han pasado dos lustros de aquello y ahora, a poquitos kilómetros ya de aquí por lo que leo en los indicadores de la autopista, podré comenzar a ver algunos de los frutos deseados con los que ocupaba mi mente aquellos días de suplicio para no perturbar el silencio del infierno.

Ahí adelante hay un enorme cartel en el que se puede leer Euskal Herria. ¡Qué tontería, me estoy emocionando! Pero estas lágrimas no tienen nada que ver

con aquellas que me brotaban cuando estaba en manos de la Guardia Civil; o de todas ésas que he derramado durante esta década prisionero, cuando despertaba al amanecer y veía barrotes en las ventanas que me fragmentaban el rostro de nuestra Abuela Luna, cuando miraba al exterior y todo mi horizonte eran muros coronados de espinas, cuando necesitaba un abrazo convertido en imposible, cuando se me secaban los labios de no besar, cuando por no poder acariciar marchitaron mis manos, cuando la vi marchar sin poder hacer nada, cuando no volví a verla, cuando ya no llegaban ni sus cartas... ¡Cuántas lágrimas derramadas que están pidiendo a gritos ser desagraviadas!

Pienso ahora en lágrimas y hay dos escenarios que, como si de un acto reflejo se tratara, me vienen a la cabeza: uno es aquel infierno de tortura y otro, es cuando ella me dijo adiós.

No ha venido a recibirme a la salida de la prisión. Será porque no ha tenido con quién dejar a su hija o porque su marido no se lo habrá puesto fácil. Nunca le gusté. El tampoco a mí, la verdad sea dicha. Quizás esté cuando lleguemos al pueblo. No, seguramente que no estará porque hace demasiados años que no sé nada de ella. Son cinco años ya, casi los mismos que tiene su hija.

En los buenos tiempos, cuando estábamos juntos y felices, solía decirle que dos eran las cosas que yo más amaba: Euskal Herria y ella. Y ella se reía. Ahora hace ya algunos kilómetros que el coche rueda por el asfalto de Euskal Herria pero ella sigue estando igual de lejos. Está visto que siempre resulta más gratificante confiar en lo abstracto que en lo concreto, porque lo etéreo jamás te podrá defraudar mientras que lo definido está expuesto a la excesiva volatilidad de los sentimientos, demasiado mutables para mí. Prefiero los sueños.

Entre sesión y sesión de interrogatorios me conducían a la mazmorra. No sé si lo hacían para que descansara yo, ellos, o es que esos parones forman parte de la estrategia de los torturadores. Tampoco sé cuánto tiempo me dejaban descansar en el calabozo porque ciertamente tenía perdida la noción de tiempo. Yo tenía entendido, no sé si era cierto o no, que al segundo día de incomunicación se solicitaba la prórroga.

Uno de esos periodos de descanso fue interrumpido con la brutalidad habitual para llevarme en volandas hasta plantarme frente a la mesa, ésa que ahora recuerdo

de formica crema, y colocarme unos papeles que parecían impresos oficiales o algo parecido. Pensé que se trataba de la prórroga de incomunicación y por ello deduje que habían pasado ya dos días desde la detención.

Creo recordar que me dijeron que si quería podía leer lo que firmaba, aunque casi antes de que finalizara tan amable invitación ya había alguien que me tenía cogido de los pelos, me empujaba la cabeza hasta prácticamente meterme la nariz en los papeles aquellos y me advertía que ni se me ocurriera ponerme a leer nada, que había mucho trabajo aún por hacer y que no estaba la cosa como para lecturas, que ya tendría tiempo de leer en la cárcel. Lógicamente, mi cuerpo no estaba en condiciones de resistirse y en cuanto me acercaron a la mano derecha un bolígrafo giré ligeramente la muñeca para cogerlo y más que una firma lo que planté sobre aquellos papeles fueron garabatos. Juraría que me hicieron poner más de una firma.

Cuando estampé aquellas primeras firmas aún tenía bastante sensibilidad en el brazo derecho, sentido que fui perdiendo progresivamente hasta que cuando me presentaron en la Audiencia Nacional, varios días después, ya no sentía absolutamente nada en toda la parte derecha de mi cuerpo. Al parecer, el origen de la creciente

insensibilidad eran los golpes que me propinaban en la parte posterior de la cabeza, principalmente a la altura de las cervicales. Esto me lo dijeron cerca de un mes después cuando me tuvieron que llevar al Hospital para hacer varias radiografías de los huesos de la cara, la cabeza y el cuello. Entonces, además de las notorias lesiones en la cara también detectaron numerosas fisuras en las vértebras cervicales que se habían ido soldando por iniciativa propia. Por lo que me aseguraron los médicos, probablemente sufrí algún tipo de pinzamiento que me provocó la pérdida de sensibilidad en toda la parte derecha del cuerpo.

Durante varios años después de aquello había noches en las que despertaba en la celda con la parte derecha del cuerpo insensible y tenía que hacerme masajes con la otra mano durante varios minutos para ir recuperando el brazo. Ahora ya es muy extraña la noche en la que me sucede esto.

Así que cuando colocaron ante mis narices todos aquellos papeles impresos y me obligaron a poner mi firma en ellos, el bolígrafo se me escapaba entre los dedos y tuve que hacer verdaderos esfuerzos para estampar algo similar a una rúbrica. Seguramente aquello no se parecería en nada a mi firma, pero eso era lo que menos

parecía importar a todos aquellos txakurras. Estaba claro que únicamente les interesaba el que plasmara algo mío sobre los papeles aquellos que yo consideré que se trataba de la prórroga de la incomunicación.

Pensé que eso significaba que ya llevaba dos días cumplidos en manos de los torturadores. Estaba casi a la mitad del infierno y seguía mordiéndome los dientes para no venirme abajo. Por encima de todo lo que me dolía el cuerpo me alegró saber que aquello no iba tan mal: íbamos descalzos cruzando el infierno y aún no nos habíamos achicharrado los pinreles.

Los paseos entre el calabozo y el cuarto de los interrogatorios eran permanentes. Me resultaría imposible tratar de adivinar cuántos fueron o el tiempo que pudo durar cada una de las sesiones bien de torturas bien de descanso. Eso sí, en varias de las ocasiones en las que permanecí en la mazmorra me trajeron cosas para comer; lo más fueron bocadillos, aunque me parece recordar que hubo diferentes viandas, incluida alguna pieza de fruta. También me traían botellines de agua.

Comer no podía, no tenía yo el estómago como para digestiones después de los pateos que me andaban propinando en la barriga; y los que me darían en cuanto

volviera a abrirse la puerta metálica aquella y retornara la cuadrilla de descerebrados que parecían disfrutar de lo lindo machacándome. Aun así, no sé por qué, me dio por pensar que si no comía igual me pegaban más, por lo que empecé a meter parte de la comida bajo el colchón del camastro dejando algunas sobras a la vista para que les diera la sensación de que algo, aunque poco, estaba ingiriendo.

Con el agua tenía un serio problema. Por un lado, necesitaba imperiosamente beber pues estaba perdiendo muchísima agua y sentía la lengua gorda y pastosa y la garganta áspera como una pared. Pero por otro lado pensaba que todos los esfuerzos que estaba haciendo por mantener la boca cerrada, despistarles lo más posible con las declaraciones y aportar únicamente, en la medida de lo posible, datos intrascendentes podría venirse abajo si ponían algo en el agua que me hiciera hablar.

No sé, quizás en esos casos hay que aguantar sin beber pero yo bebí. Eso sí, miré una y otra vez los botellines tratando de averiguar si habían estado manipulados. A simple vista no lo parecía pues incluso tenían su correspondiente precinto intacto; pero también es cierto que en el interior del calabozo apenas se veía nada. Era una espesa penumbra que ahora recuerdo como un velo

marrón. De todos modos, perfectamente podían haber puesto algo y jamás me hubiera dado cuenta. Necesitaba agua y bebí.

Lo de la deshidratación no es ninguna exageración puesto que en el suelo de la sala de interrogatorios había un charco de mi sudor y toda la ropa la tenía completamente empapada como si me hubiera metido en la ducha vestido. Llevaba puesta la ropa con la que me vistieron en mi propia habitación nada más ser asaltada. En aquel momento, como estaba esposado, me metieron el camisero por la cabeza, a modo de saco, dejándome las manos engrilletadas por dentro. Después, como mis muñecas pasaron de los grilletes a la cinta de embalar y viceversa en ni sé las ocasiones fueron los propios txakurras quienes me vistieron con un poco más de aliño. Aunque no recuerdo ni cómo ni cuándo. En los pies, de esto sí que tengo plena constancia, me calzaron unas deportivas viejas que había por casa, sin calcetines ni cordones, con lo que en más de una ocasión anduve descalzo porque las perdía y tenía que ir aguantándolas como buenamente podía, presionando con los dedos para que no se me escaparan. Y es que cada vez que algo no iba bien me ofrecían una andanada extra de golpes; así que, aunque recordado ahora parezca estúpido, procuraba enfadarles lo menos posible.

Y alguien se preguntará qué le puede preocupar a uno el que en medio de interminables sesiones de tortura le peguen de propina porque en el movimiento por los pasillos ha perdido una zapatilla. Pues parecerá una bobada pero todo lo que sea restar se agradece; sí, incluso cuando llueven hostias a granel.

Estos que van ahora a mi lado en el coche que me lleva de vuelta a casa, y que no paran de hablarme y de irme señalando cosas con el dedo a través de las ventanillas, seguramente que estarán pensando que de qué me río. Y es que cómo no le va a entrar a uno la risa cuando piensa que hace diez años, mientras le golpeaban, había ocasiones en las que buscaba, a tientas con el pie, la zapatilla extraviada para que los torturadores no se dieran cuenta de la pérdida y le pegaran más. Supongo yo que en aquellos interminables días de suplicio haría muchas incomprensibles tonterías como ésa. En pleno diluvio bíblico el que caiga una gota más puede parecer una nimiedad, pero tratándose de golpes mejor que no caiga, no sea que termine siendo la que colma el vaso.

Quizás lo de perder tanta agua estaba provocado por los electrodos, que castigaban inmisericordes todos mis músculos manteniéndolos en un permanente brinco. En

ocasiones saltaba como un muelle por las descargas, cuando éstas eran como una punzada profunda, como un latigazo seco. Pero en otras, el encargado de la electricidad la aplicaba sosteniendo contra mi cuerpo el objeto que producía los calambres, y entonces sentía músculos, tendones, nervios, todo convulsionándose de manera frenética en unos espasmos prolongados que no podía contener. No es que me doliera especialmente, aunque tal vez sí, lo que sucede es que la electricidad le pone a uno todo el organismo en danza de forma incontrolada. Y mientras, los golpeadores seguían a los suyo, alguno a puñetazos a discreción, alguno aporreándome la cabeza con la famosa guía de teléfonos o lo que aquello fuera.

Saltaba como si me quemara el suelo, me revolvía igual que si abrasara el aire, como si todo lo que me rodeaba me estuviera acribillando con millones de agujas, como si me estuvieran duchando con mangueras de aguijones a presión. Cuando paraban las descargas y el cuerpo parecía haber retornado a su anclajes me sentía hundido en agua; el pelo, el torso, el dorso, las piernas, los pies... el suelo mismo era un gran charco.

Los txakurras se ponían tan locos cada vez que actuaban todos al mismo tiempo que en numerosas oca-

siones incluso ellos recibían las descargas eléctricas; unas veces porque en medio de la tormenta desatada de golpes a granel el de los electrodos perdía la noción de cuerpo y el calambre equivocaba el destinatario; otras veces porque mi cuerpo, convertido ya en una batería rabiosa, les devolvía la descarga. En esos momentos parecían perder más aún el control y llegué a pensar, si se puede llamar pensar lo que hacía entonces mi cabeza, que terminarían pegándose entre ellos. Pero lamentablemente no era así y todo quedaba en un bronco cruce de insultos hasta que finalmente lo volvían a pagar todos conmigo.

No sé en qué momento de los interrogatorios fue que sus formidables tundas combinando electrodos y golpes se fueron haciendo más y más intensas, más brutales, hasta el punto de que las descargas eléctricas yo creo que circulaban ya entre todos a discreción. Ellos gritaban. Se insultaban unos a otros. Y como resultado, más golpes que recibía mi maltrecho cuerpo encapuchado, que iba como un pingajo de pared a pared en aquella sala de suplicios. Los golpes de una banda me proyectaban hacia la otra, donde nuevamente era vapuleado y arrojado contra otros bultos que me recibían a patadas y me empujaban hacia otro lado. Toda mi deriva era seguida por el tipo de los electrodos, que no dejaba

de tocarme el cuerpo con el objeto u objetos que producía las descargas.

Era tal el paroxismo de los torturadores de aquel corro de tormento que en un momento de la golpiza escuché blasfemar a uno ellos diciendo algo así como que estaba harto de recibir descargas eléctricas y ordenó que pararan. Inmediatamente sentí que alguien me colocaba alrededor de la cabeza un material acolchado, supongo que algún tipo de aislante, haciéndome agachar hasta poner el tórax paralelo al suelo. Tras sujetar muy fuerte la cabeza dio nuevamente orden de volver a los golpes y a las descargas. Ahora ya no penduleaba por la habitación pues uno de los txakurras me tenía firmemente agarrado de la cabeza con unas manos como tenazas; además, yo tenía las muñecas atadas y no me podía mover ni un ápice de como me tenía aprisionado.

Así, bien sujeto, con la cabeza atenazada, el de las corrientes tenía más fácil su trabajo y desde delante me iba acercando el aparato al cuerpo. Otros dos o tres me daban puñetazos y patadas por todo el cuerpo. Sin miramiento alguno me pateaban y aporreaban con los puños allá donde veían hueco. Sentí muchos golpes en los muslos, lo mismo en su cara interna que en la externa; también en testículos, en hombros y deltoides. Algún

puñetazo o patada, no sé, también me castigó los flancos. En los riñones creo que me martilleaban con la cara lateral del puño a modo de maza; al menos es la sensación que a mí me daba.

¡Qué podría decir de las amenazas! O de los insultos. Recuerdo perfectamente que desde el momento mismo en que quedé en manos de los que me sacaron de casa y me subieron a un coche las amenazas fueron permanentes, no sólo contra mí sino también, y sobre todo, contra la familia y amigos, contra cualquier allegado. Advertían que, si no colaboraba, a ellos también los detendrían, que les harían lo mismo que a mí me estaban haciendo.

Eso sí, yo no recuerdo muchas amenazas de agresión sexual, quizás porque en ese capítulo se extienden más en el caso de mujeres detenidas. Alguna advertencia de sodomización sí que pronunciaron en los primeros momentos, pero tengo la sensación de que disfrutaban bastante más torturando.

De cualquier forma, cuando te están pegando e insultando y amenazando al mismo tiempo yo creo que lo de menos son los despropósitos verbales ya que todos ellos quedan absolutamente anulados por el dolor de los

golpes y las electrocuciones. Así que en ese sentido no tuve especiales preocupaciones. Es más, a partir de cierto momento no tengo recuerdo de amenazas; no porque no las pronunciaran sino porque no las escuchaba.

Sé de torturados a quienes les han puesto grabaciones desgarradoras de gritos diciéndoles que provenían de otros calabozos en los que había allegados suyos detenidos. Yo no pasé por esa experiencia aunque sí que escuché desde la mazmorra algún rumor de lamentos que no sé de dónde podían provenir. En alguna ocasión traté de centrar la atención en ello pero no fui capaz de identificar nada.

Eso sí, cada vez que perdía el conocimiento con la aplicación de la bolsa y me reanimaban, para volver a comenzar de nuevo con la sesión, siempre me decían que ya que la bolsa no estaba dando los resultados apetecidos que me iban a llevar a la bañera y que ahí sí que iba a contar todo lo que sabia y más. Recuerdo perfectamente que la amenaza de la bañera fue constante desde el principio y que me advertían de que a ese tratamiento no se les había resistido nadie y que me fuera preparando.

Miedo extra, lo que se dice miedo suplementario dentro de lo que estaba padeciendo, no recuerdo haberlo tenido cada vez que amenazaban con aplicarme la bañera. Cuando me quedaba solo en el calabozo tal vez sí. Pero en aquellos momentos procuraba centrar todos mis esfuerzos en interiorizar perfectamente mis versiones hasta el punto de no saber yo mismo si eran verdad o inventadas; así que probablemente eso disipaba el pavor a morir ahogado en el pestilente y putrefacto líquido de la bañera. Es más, no creo que mi indiferencia frente a la bañera fuera por valentía, más bien pienso que estaba ya demasiado roto como para considerar que aún se podía sufrir más de lo que lo estaba haciendo. Pero vaya si se podía. La inconsciencia desde luego que es atrevida.

Y es que perdí tantas veces el conocimiento a cuenta de la bolsa de plástico en la cabeza que lo que más deseaba era que me mataran de una vez y que todo aquello terminara. No sabes cuánto tiempo llevan torturándote, ni sabes tampoco cuánto tiempo te queda aún de suplicio. Y en medio de todo ese tiempo, indefinido, absurdo incluso, lo único que quieres es morir y poner punto final a todo.

Sin embargo, resulta que el instinto de vivir es mucho más terco que el mayor de los dolores; en ocasiones supera incluso al más inhumano de los sufrimientos. Te golpean, te electrocutan y preguntan. Y más preguntas. Siempre preguntas. Entonces, como te estás mordiendo el alma para no caer, para callar, comienzan a ajustar el ceñidor a la garganta. Al principio sientes el escozor en el cuello, la presión del ajuste realizado con reiteración; y respiras como puedes, sobre todo porque sabes que al poquito rato ya no podrás hacerlo. Siguen las preguntas, y los golpes, y los calambrazos. Y cada vez menos aire. Yo gritaba mucho; como exorcismo ante el dolor más que por otra cosa, supongo. Ya no hay aire; dentro de la bolsa plástica queda lo que acabas de exhalar; que vuelves a inhalarlo. El tejido del verduguillo comienza a introducirse por la boca empujado por las bolsas de plástico que se pegan más y más a la cabeza. Al plástico también le falta el aire. Tú lo buscas para respirar pero el plástico también pugna por ello y al no conseguirlo te vas sintiendo en el interior de una burbuja de vacío que te devora, que pretende meterse incluso por los poros de la piel de la cara. Se te mete también por los orificios de la nariz. Entonces te sacudes, pateas. Te revuelves lo poco que puedes porque estás inmovilizado. Ya no queda nada de aire, ni para ti ni para el plástico; así que mientras supones que te siguen apaleando, que la jauría continúa

gritándote al oído tú ya vas sintiendo que no percibes nada, que ya no te queda vida, que te estás apagando. Ni aire, ni gritos, ni dolor: te has ido. Nada. Vacío. Suelo.

De un tirón te arrancan las capuchas y te zarandean como un muñeco. Milagrosamente el aire vuelve a entrar en los pulmones, sientes cada átomo, cada unidad mínima. Notas cómo la vida está volviendo; te parece incluso que podrías tocarla, la crees material, concreta, como un producto que acabaras de adquirir y que te hubieras apresurando a probar. Como si algo te estuviera de pronto poseyendo felizmente. Y es que te estás encendiendo de nuevo. Retorna la percepción, los sentidos. El dolor también. Estás vivo. Luz. Dolor. Seguir callando.

Los torturadores tienen un fino sentido sobre los límites entre la vida y la muerte y son capaces de llevarte al borde mismo del fin, hacerte pasear sobre él, y cuando estás ya a las puertas de la nada, cuando ya todo es noche, te sacan en volandas del felpudo de la entrada al juicio final y te hacen regresar.

Y de nuevo la capucha. La bolsa de plástico. Las preguntas. Otra vez la asfixia. Otra vez la muerte; y otra vez la vida. Oscuridad y luz. Luz y oscuridad. Quieres mo-

rir, lo deseas con todas las fuerzas que te restan; pero cuando te encuentras bajo el dintel mismo de la muerte, cuando al frente no se abre más que la oscuridad última, empiezas a gritar que quieres luz. Los torturadores saben mantenerte días en el vano de la muerte sin dejar que llegues a cruzarlo del todo, son profesionales del averno. Tal vez sea ése el objetivo de la tortura, del infierno en el que debes respetar su silencio haciendo manar lágrimas de dignidad que ahoguen las palabras que debes callar.

En los periodos en los que me llevaban al calabozo intentaba recapitular sobre las cosas que había dicho y, sobre todo, tratar de recordar la mayor cantidad posible de datos que entre gritos y preguntas me hubieran podido dar los txakurras. En todo momento intenté no perder la noción de lo que ellos decían porque en ocasiones, en muchas más de las que ellos podrían suponer, me ofrecían valiosísimos datos que me servían para hacerme una idea de las cosas que sabían y, así, corregir mi historia sobre la marcha. Desconozco cuántas voces o durante cuánto tiempo estuve en aquella mazmorra, pero lo que está más que claro es que aquellos lapsos me venían fenomenal para reconsiderar la situación y modificar mis declaraciones en relación a lo que deducía que ellos sabían. De esa manera podía permitirme el exten-

der lo más posible narraciones irrelevantes que no podían aportar dato operativo alguno e ir, al mismo tiempo, dosificando lo importante.

Así que yo iba manteniendo mi guión todo lo que podía hasta que, lógicamente, me cazaban en algún renuncio serio, que ocurría con más frecuencia de la que mi organismo hubiera deseado. Entonces se enfadaban muchísimo y la paliza se recrudecía notablemente. Más corrientes. Más golpes. Más asfixia.

Cuando me veía en las últimas, reconocía abiertamente que les había engañado y ofrecía algún dato que les hacia abrigar la esperanza de que estaba entrando en razón. Así que la tormenta de golpes amainaba sustancialmente y yo les ofrecía una nueva versión de los hechos. Al poquito tiempo retornábamos a las andadas porque volvían a cazarme en una falta, pero, al menos, había ganado algo de tiempo y seguía callando lo sustancial. Vuelta a empezar.

El cerebro funciona a una velocidad de vértigo cuando se ve obligado a trabajar en situaciones extremas. Recuerdo perfectamente que en aquellos días de

suplicio tenía una claridad mental que ya la quisiera tener yo de continuo. Me tiraban un argumento y automáticamente me salía otro nuevo que encajaba perfectamente en las lagunas del anterior, de tal manera que, aunque las modificaciones fueran más que evidentes, mantenía un hilo argumental suficientemente coherente como para que no me mataran directamente por estar riéndome de ellos. Que nadie piense que me estaba riendo de ellos; únicamente estaba tratando de sobrevivir, que ya es bastante.

También es cierto que tal sobre-rendimiento cerebral le puede jugar a uno muy malas pasadas y venirle a mente evocaciones que mejor no hubieran aparecido jamás. Recuerdos que uno creía completamente borrados de su disco duro afloran inopinadamente. Y es que la memoria es muy traicionera, tanto que cuando la cabeza funciona tan rápido resulta sorprendente la de datos, nombres, rostros que desempolva sin poder hacer nada por evitarlo. Esos productos, descongelados sin querer de la memoria, son particularmente peligrosos porque cuando uno lo esta pasando mal, cuando se llega a ese punto de desesperación en el que lo único que quieres es que pongan de una vez punto final a la tortura, se te puede ocurrir desprecintarlos y venirte definitivamente abajo.

Estos que me llevan ahora en coche a casa siempre han dicho que tengo una memoria pésima. Algún día, cuando estemos tomando tranquilamente unas cervezas y riéndonos de todo esto que hemos dejado atrás, ya les diré la de cosas que me vinieron a la cabeza durante aquellos días en el infierno. Yo creo que me acordé hasta de la marca de la primera papilla. Veía a mis amigos de la escuela con sus rostros absolutamente nítidos e incluso recordaba sus nombres, algo que jamás he sido capaz de repetir desde entonces. Pues aquellos días los recordaba, y vaya de qué manera. Lo malo era que igual de diáfanos veía otros rostros y recordaba otros nombres que no debía. Cuando en la mazmorra me sucedía eso centraba más todos mis esfuerzos en pulir la versión que ofrecería a los torturadores en cuanto regresaran a por mí.

También es cierto que en muchas ocasiones me aferraba con uñas y dientes al recuerdo de ella para no sucumbir; porque si no podía fallarle a mi pueblo tampoco podía defraudarla a ella. Eran las dos cosas que más quería, ya lo he dicho. Así que cuando me apuraba mucho procuraba que su rostro fuera lo único que iluminara mi oscuridad. Su hermosa sonrisa titilando como la estrella única de mi noche. ¡Cuánto la quería!

Y después, ¡cuántas veces imaginé esa misma sonrisa recibiéndome a la salida de la cárcel! Radiante como el más hermoso de los soles; sus labios finos, sus ojos de miel chispeante, las dos pinceladas de rosa pálido sobre la cumbre de sus pómulos, sus esto, sus lo otro, siempre sus.

Total para que hace un rato, cuando los muros que me separaron de ella fueron quedando definitivamente atrás, cuando ya eran sólo pasado y mi vida se engranaba de nuevo en la realidad... ella no estuviera para abrazarme. No sé para qué vuelvo repetidamente a este pensamiento si ya sabía que no vendría a recibirme a la salida de la prisión. Probablemente su marido habrá puesto mala cara al enterarse de que hoy quedaba en libertad y ella, siempre tan atenta a esos detalles, no le habrá dicho nada para no importunarle. Y por eso no ha venido. Tampoco estará a la llegada al pueblo. Seguro que no. Quizá no ha encontrado a nadie para que se quede cuidando a su hija. O tal vez no quiere incomodar a su marido; ella siempre fue muy sensible a esos temas, siempre muy atenta a las cosas de su hombre. De quien en cada momento fuera su hombre. Son ya cinco años desde que dijo adiós. Cuatro años creo que tendrá ya su hija. No sé porqué vuelvo a este tema si sabía positivamente que no iba a tener su sonrisa a la puertas de

la prisión; aquella sonrisa a la que me abrazaba para callar, para no fallarla.

Los periodos de descanso en el calabozo me venían fenomenal para esos cambios de guión. Repasaba lo dicho por mí, lo ladrado por ellos y con todo ello corregía y ponía al día mis confesiones. Y así hasta que escuchaba en el exterior un sonido seco de pisadas que me indicaban que regresaba al infierno. Cuando identificaba el sonido como pasos de botas militares el corazón apenas se me aceleraba porque recuerdo perfectamente que los uniformados no me golpearon.

Ruido de botas no significaba tormento, así que escuchar sus pisadas en el exterior incluso me producía un cierto alivio. Estos, los guardias civiles de uniforme, aparecían de vez en cuando para llevarme al servicio o a alguna otra estancia, aunque ahora no sé para qué. Golpeaban la puerta para que me colocara en la posición ordenada; es decir, contra el fondo de la celda, con la frente pegada a la pared, la mirada baja y las manos atrás para ser esposado. No me pegaban a la entrada ni me colocaban la capucha, se limitaban a ajustar los grilletes. Uno me colocaba la palma de la mano sobre la cabeza

haciendo que me inclinara algo más, aunque nunca en ninguna posición extrema. Lo hacía con cierta delicadeza; o al menos así me parecía a mí por la abismal diferencia con respecto a los de paisano, los torturadores, que entraban a golpes, embuchaban la cabeza, inmovilizaban las muñecas y en volandas me conducían hasta la sala de interrogatorios.

Por esa diferencia de trato era que cuando escuchaba pisadas de botas militares estaba más o menos tranquilo. Los uniformados me hacían transitar por los bajos de la Dirección General de la Guardia Civil con suficiente respeto. Solían moverme un par de ellos. Quizás tres. El que posaba su mano sobre mi cabeza era el que me conducía. Con la palma en la nuca dirigía mis pasos.

Si ahora cierro los ojos podría repetir el mismo recorrido que durante aquellos días hice cada vez que me llevaban al servicio. Siento perfectamente la amplitud de algunos tramos; en otros, un eco de sonido opaco que me hacía pensar en un techo bajo; otras partes eran más estrechas y generaban sonidos más largos y roncos; en una zona concreta percibía por el olfato la proximidad de oficinas. Había también unas escaleras estrechas. Pocos escalones y en curva, por lo que deduje que se trataba de ascender a una entreplanta, que no a un primer

piso. En un momento concreto del recorrido el guardia me decía que agachara algo más la cabeza, y con su mano acompañaba mi movimiento para posteriormente aflojar la presión, con lo que yo me incorporaba ligeramente volviendo a la postura inicial. No eran muchos pasos los que había que dar agachado, así que supuse que se trataría de alguna viga, o quizás una tubería. En uno de esos paseos tuve la sensación de que corriera el aire, como si hubieran abierto una puerta al exterior en algún lado.

En los metros en los que tenía sensación de mayor amplitud de la estancia, aunque a un lado percibiera cierta angostura de techos, se escuchaba sonido de agua. No era un fluir, ni tampoco producía la característica musicalidad de una canalización. Estaba seguro de que se trataba de algo parecido a un depósito o a un pozo. Lógicamente, después de tantas amenazas con la aplicación de la bañera, cada vez que pasaba por esa zona sentía un escalofrío que me pulverizaba los huesos. En el vacío de mis párpados clausurados la imagen que me traía ese acuático rumor era precisamente la de una tina en la que me meterían la cabeza para ahogarme. Desde luego que no iba a ser el primer ahogado de la democracia española.

Sin embargo, y aunque pudiera sonar paradójico, en ninguna de las ocasiones en las que me pasaron por esa parte de los bajos de la Dirección General tuve miedo de que me fueran a meter allá, a aquella alberca, o lo que fuera, de aguas que se expresaban con verbo estanco. De haber ido arrastrado por las malditas sombras de quienes me cosían a golpes y preguntas estoy seguro que ahora mi recuerdo se estaría retratando con otros dolores.

En una de las últimas entradas que hicieron los torturadores en el calabozo noté cierto cambio de actitud. De principio, pasaron al interior y no me golpearon, lo que ya era un alivio y un cambio sustancial en relación a aquello a lo que me tenían acostumbrado. La entrada en el habitáculo de los interrogatorios tampoco fue acompañada de la violencia acostumbrada. Presentía que había alguien diferente. Quizás no era nuevo en la ronda, tal vez hubiera participado con anterioridad en los interrogatorios, pero en esta ocasión parecía que fuera él quien llevaba la voz cantante. No pude verle en ningún momento, como a ninguno de los demás torturadores, pero el recuerdo me trae imágenes tremendamente nítidas de algunos de ellos que no sé si son recreaciones del subconsciente o que en alguna ocasión, tal vez en los diferentes momentos en los que perdí el conocimiento, les vi la cara.

En ese campo del recuerdo en el que uno no sabe discernir si las cosas ocurrieron así o no, como algunas imágenes que tiene uno de crío, veo a un tipo delgado y alto, de pelo no excesivamente corto y facciones como tajadas a cuchillo. Tenía aspecto huesudo, calzaba mocasines y me atrevería a decir que era uno de los que me habían sacado de casa. Había otro más bajo y de hechuras más redondeadas. Llevaba el pelo más corto y pantalones vaqueros. Este era algo menos violento que el anterior. Tenía una tercera imagen grabada pero creo que el tiempo me la ha ido desdibujando porque ahora no consigo verla.

El que tomó la batuta en aquella última fase de los interrogatorios pienso que era más corpulento y de mayor edad que los anteriores. Hablaba más pausado y no me pegaba; aunque para eso ya estaban los demás, que cada vez que me equivocaba al repetir el guión que me habían preparado comenzaban automáticamente a golpearme. Tras una intensa andanada, éste les ordenaba que pararan y comenzábamos de nuevo con la lección; bueno, a tomarme la lección, mejor dicho. Así hasta que se consideraron satisfechos con lo que se suponía que eran mis confesiones, y que no eran más que un conjunto de declaraciones que ellos me habían preparado

mezclando algunos elementos que evidentemente eran ciertos con otros que pertenecían a lo mejor de su literatura policial.

Aquel último pase por la sala de interrogatorios fue el menos violento de todos. Llegaron al calabozo y sin golpearme ni ponerme la capucha, aunque con la mirada clausurada, me acercaron hasta la habitación con desconcertante deferencia. Me colocaron contra la pared, allá donde días antes uno de los txakurras había hecho marca con su cigarrillo, conminándome a no retirar la vista de la quemadura.

Escuché la voz del que parecía ser el jefe aproximándose a mi lado derecho. Hablaba despacio, remarcando cada sílaba. Mascando las palabras. Y yo sentía en el oído el movimiento mismo de sus labios, casi tocándome. Rozándome en un hálito baboso. Sus sonidos pasaban directamente hasta dentro. Dijo que teníamos que preparar bien mi declaración porque estaba al llegar un abogado de oficio y tenía que repetirlo todo perfectamente con él delante. En ese último paso por la sala de interrogatorios no me pegaron.

Repasamos una y otra vez, hasta el empacho, la historia definitiva que me habían hecho aprender. Me iban

haciendo preguntas y seguidamente me orientaban sobre cómo responder de la mejor manera, de la apropiada. También trajeron algunas cuartillas y un bolígrafo para que hiciera prácticas de un mapa que debería dibujar en el transcurso de la declaración, cuando ellos me lo indicaran. No pedían grandes detalles topográficos, únicamente les interesaba que memorizara un par de lugares y que trazara unas líneas que se suponían accesos a alguna zona determinada. No conocía el lugar del que me hablaban.

Cuando consideraron que tenía la lección bien asimilada y que retenía los datos que ellos destacaban como primordiales, cambiaron radicalmente de actitud y comenzaron a hacer preguntas sobre otros temas que no venían a cuento de nada. Preguntaban en tono distendido sobre asuntos que carecían de la más mínima trascendencia. Más que preguntas eran como invitaciones a la conversación. Se pusieron dialogantes. Y yo seguía dócilmente el juego porque ya no me pegaban. Era más que evidente que su única pretensión era rebajar la tensión. Recuerdo que incluso me acercaron una silla y me permitieron repasar toda la declaración allá sentado intercalando asuntos de ese precocinado relato de confesión con otros de contenido banal y en los que inter-

venían todos los torturadores como si estuviéramos en distendida tertulia de amigos.

Yo estaba sentado cara a la pared, con la mirada o en el suelo o en la marca del cigarro, según lo ordenado. A mi derecha, en otra silla ligeramente atrasada, estaba el txakurra de más edad, el que dirigía la declaración. En ocasiones me hablaba tan cerca que percibía el asqueroso contacto de su piel en mi rostro.

Cuando dijeron que todo aquello había terminado empezó a aleccionarme muy educadamente sobre cómo iba a ser el contexto en el que se desarrollaría mi declaración. Así, dijo que frente a mí se colocaría un guardia de paisano que haría las veces de instructor y que a su lado se situaría el secretario. En la habitación estaría un abogado de oficio porque así lo marcaba la Ley, pero inmediatamente me advirtió que no se me ocurriera ni por lo más remoto hacerle comentario alguno sobre lo que allí había pasado. Por si acaso, no se cansó de repetir que no olvidara en ningún momento dónde estaba, con quiénes y que la misma Ley que obligaba a que en el momento de la declaración estuviera presente un abogado también recogía la posibilidad de repetir esa diligencia tantas veces como se estimara oportuno.

Por si no me hubiera quedado suficientemente claro insistió en que, si la declaración que hiciera ante el abogado no era de su gusto, podían volver a bajarme y comenzar de nuevo con todo; y así hasta que declarara lo convenido. Todo ello estaba recogido en la Ley.

Con palabras sin aristas y un tono más de padre que de torturador me aconsejó que me portara bien y que no les obligara a regresar a los interrogatorios.

Recuerdo perfectamente con qué cinismo criminal dijo que en él tenía un amigo al que podía acudir cuando lo necesitara y que, como se había encariñado mucho conmigo, iba a pedir permiso para poder estar a mi lado durante todo el tiempo en que estuviera declarando, para que me sintiera arropado, para darme confianza. Pensar en ello ahora me da arcadas, pero en su momento produjo en mí un terremoto en los tuétanos superior en intensidad al generado por el más rabioso de los electrodos que me habían aplicado. No olvidaré jamás sus agobiantes palabras, al oído, a lo largo de todo el tiempo que duró la declaración con el abogado de oficio: vas bien, me decía, sigue así. Vas bien, chaval.

Después de aquel último ensayo general para la confesión me dejaron descansar. Seguramente fue el más di-

latado de los periodos de estancia en la mazmorra. Poco antes de que me subieran para iniciar la declaración policial acudieron al calabozo dos guardias civiles de uniforme que me llevaron a un váter diferente al que me habían conducido en las ocasiones anteriores. Era algo más grande y estaba más limpio. Dijeron que me dejarían solo un rato para que me aseara y me pusiera presentable, que todo aquello terminaría ya muy pronto, que lo peor había pasado. Sobre el lavabo depositaron un neceser que habían tomado de mi casa. En su interior había jabón, cepillo y pasta de dientes así como una pequeña toalla y algún otro objeto que ahora no recuerdo. También me preguntaron si quería afeitarme, a lo que respondí que no era necesario.

Creo que me limité a echarme agua sobre la cara; eso sí, con mucho cuidado porque me dolía horriblemente la cabeza y no sin cierta dificultad ya que tenía completamente bloqueado el cuello y prácticamente insensible la parte derecha del cuerpo. Verdaderos esfuerzos me costaba realizar cualquier movimiento básico con el brazo derecho. Me di cuenta de que carecía de tacto en los dedos de esa mano y que hasta la mitad o así del antebrazo podía pellizcarme con saña sin notar sensación alguna.

Hacía ya tiempo que no me pegaban y los músculos comenzaban a enfriarse; eso debía ser lo que me estaba sucediendo. Empezaban a dolerme partes del cuerpo que hasta entonces no había percibido. Entre los nuevos dolores estaba ése del cuello, que se me había quedado como trabado; el tronco y la cabeza eran una pieza única carente de articulación. Me resultaba imposible mover la cabeza sin acompañarla con los hombros.

Regresamos al calabozo y muy poquito tiempo después fui conducido hacia otra estancia de las dependencias policiales. Tras repetir el tramo ya conocido y de subir unas escaleras recorrimos un pasillo de terrazo bruñido. Al lado izquierdo había algunas puertas, pocas, y al derecho un largo mostrador que me pareció desierto. Hay que tener en cuenta que lo que veía era a hurtadillas ya que me obligaban a caminar mirando únicamente a mis pies. Paramos junto a una puerta y uno de los guardias me adecentó el camisero, en el que momentos antes, mientras me lavaba la cara, había descubierto numerosas manchas de sangre. Supuse que serían de la nariz. Uno de los guardias que me había acompañado al servicio me había dicho que no encontraron ropa de recambio entre las pertenencias que habían cogido sus compañeros en mi casa cuando la detención y que sentían no poderme facilitar otra vestimenta para

acudir más presentable a la declaración. Todo aquello me pareció una cruel ironía, pero también me hizo pensar en el deplorable estado en el que debía encontrarme, tan penoso como para que un txakurra se preocupara por ello.

No vi en ningún momento al abogado de oficio que en teoría iba a asistirme durante la declaración. Supe que se trataba de una mujer porque sobre la mesa, frente al instructor, pude observar un carnet del Colegio de Abogados de Madrid con la foto de una chica. Tengo la sensación de que todo el tiempo estuvo en la parte de atrás de aquella pequeñísima estancia en la que alrededor de una mesa, que casi la ocupaba por completo, estaba el secretario con un ordenador, el instructor, el txakurra que no dejaba de darme ánimos al oído, ella y lógicamente yo, además, seguramente, de algún otro guardia. A mí me colocaron en una silla al lado derecho de la mesa, sentado en sentido longitudinal mirando hacia el fondo en el que estaba el tipo del ordenador y el que hacía las preguntas.

Pensaba que el trámite de la declaración sería algo así como una confesión por mi parte, que me preguntarían qué tenía que contar y que las preguntas vendrían en relación a ello. No fue de esa manera. Aquello que se su-

ponía mi confesión fue como un recital por parte del instructor, que hablaba hasta zanjar en interrogativo cada fragmento de su relato. Así que mi papel en toda aquella farsa se limitaba a rubricar con una aseveración, bien de gesto o de palabra, lo que el instructor iba magistralmente pautando y su compañero tecleando en el ordenador. Él era quien en sus preguntas marcaba fechas, lugares y circunstancias. Él era quien se extendía en el relato y yo simplemente el que con mi presencia física otorgaba el marchamo de legalidad al procedimiento. Además, claro está, de la fantasmagórica abogada de oficio. Todo legal, todo dentro del Estado de Derecho.

En el transcurso de la declaración perdí el conocimiento. No sé cómo ocurrió, lo único que recuerdo es que sorpresivamente me desplomé. Sentí que iba perdiendo visión hasta que toda la habitación se cerró sobre mí y caí. Estaba inconsciente pero me veo como levantado en volandas por dos guardias y recorriendo a velocidad de vértigo el pasillo del largo mostrador hasta llegar a un servicio en el que volví a la consciencia. Al recuperar el sentido vi perfectamente el rostro de los uniformados. Uno de ellos me dijo que podía permanecer allá descansando todo el tiempo que quisiera y que podían proporcionarme algo para comer o beber, que cuando me encontrara en condiciones les llamara para

regresar a la declaración. Que me lo tomara con calma, decían.

Tiempo después, cuando ya te ves en la celda de una cárcel y repasas lo sucedido, este lance me parecía haber durado no más de unos minutos y haberse desarrollado en el váter aquel. Para mi sorpresa, en la cronología de la declaración que presentaron al juez figuraban cerca de dos horas de interrupción sin precisar el motivo. No sé ni cómo ni dónde estuve durante todo aquel tiempo.

Pero ni tan siquiera la abogada de oficio recogió el suceso. Ella estaba allí única y exclusivamente para certificar con su presencia y firma que el procedimiento había cumplido los requerimientos legales, independientemente de lo que en realidad ocurriera. De no haber sido así, de haber sido algo más que una despreciable coartada de la tortura, habría hecho constar la incidencia. Pero no lo hizo. Ni ningún juez se preocupó tampoco de ello posteriormente.

Cuando acabó aquello, después de un interminable empacho de álbumes fotográficos en los que no reconocí a nadie, el txakurra que decía ser mi amigo me felicitó por haberme portado tan bien. Pidió que me lle-

varan a los calabozos para que descansara. Dijo que mi paso por allá había terminado.

Y así fue, pues algún tiempo después me llevaron al mismo cuartucho al que me habían metido nada más llegar, hacía ya, ¿cuántos días? Apareció el tipo que decía ser forense. Quizás fuera el mismo del primer día. No tengo ni idea. Le comenté lo que me dolía pero él se limitó a decir con cierto desdén que volvería a verme a la entrada de la Audiencia Nacional y que cuando llegara a prisión que allá ya me darían algo para los dolores.

Me presentaron ante el juez hecho un trapo, con la garganta destrozada después de varios días de gritar como un salvaje apaleado, el camisero ensangrentado, insensible la parte derecha y sin tacto alguno en esa mano, el cuerpo rígido como un muerto vertical, aguantándome en pie a duras penas... pero daba igual porque el telón estaba ya echado.

Diez años han pasado ya desde que sufriera todo aquello y los recuerdos han ido macerando en rabia durante las casi ochenta y ocho mil horas en que he per-

manecido privado de libertad. En todo ese tiempo pensé en múltiples ocasiones cómo sería el día que pisara de nuevo la calle, cómo serían los abrazos, a qué sabría el beso silvestre de mi compañera. Seguramente ella no ha podido venir porque no ha encontrado quien se quedara cuidando a su hija. Su hija.

Fue con ella con quien pensé por primera vez lo hermoso que podría ser tener precisamente una hija. Pero yo no quería que conociera a su padre prisionero; me atormentaba el simple pensamiento de no poderla ver nacer, de no sentir cómo va creciendo entre nuestros brazos trenzados de sueños y proyectos compartidos. Creía en esa belleza y por ello quería sentirlo en libertad, esperar a que dejara de estar preso para poder disfrutar con plenitud de todo ello. Ella ya no es mi compañera ni su hija lo es mía.

Tengo que limpiarme de tantos años de suciedad, dejar atrás tanta basura, desterrar el olor de dos lustros de prisión. Quiero acabar con todo y entrar en casa nuevo, volver a pisar mi pueblo sin que quede sobre mi piel ni el más mínimo resto de tanto dolor. Deseo volver limpio.

Así que le he pedido al conductor que se desvíe de la ruta y antes de regresar al pueblo nos acerquemos a la costa. Quiero que el mar se lleve el pasado y me devuelva completamente nuevo.

Mis amigos han puesto toda clase de pegas para hacerme desistir de mi capricho. Dicen que nos están esperando para el recibimiento y que ya vamos tarde, que mis padres se preocuparán si ven que han llegado todos menos nosotros, que ya tendré tiempo de bañarme, que no hace noche como para meterse al agua...

Yo les he dicho que me da igual, que lo que quiero es ir a la playa y que me lleven inmediatamente; así que ya estamos llegando. Apenas quedan algunos rayos de sol que acarician suavemente los cabrilleos del mar. Son como besos. Como esos besos que soñaba recibir a la salida de la cárcel y que no me los han dado porque ella ya no está a mi lado.

En unos minutos será ya de noche. Ha parado el vehículo y me bajo, impaciente por sentir en el rostro el aliento vivificador del mar. El salitre. Percibo en los brazos y en la cara que los poros de la piel se me abren como pétalos agradecidos para dejarse besar por ese salitre. Dicen que hace frío y que no me acompañan a la

arena, que me dé prisa. Pienso que es mejor así porque quiero estar solo y así evito tener que decirles que no vengan conmigo. Si hubieran querido venir al agua les habría dicho que no lo hicieran, que quiero estar solo unos minutos.

Según estoy me dirijo al agua sin vacilación alguna. Me está llamando. El inmenso mar pardo en la noche son unas manos golosas que me quieren acariciar. Y allá voy. No hay luna porque hoy es nueva. Como yo. Pero siento que ella, nuestra abuela de los vascos, también ha venido a acompañarme en este ritual de purificación. Aunque no vea su rostro siento su beso de abuela.

La noche y el mar configuran el útero místico al que regreso para volver a nacer libre. Soy un ser delicuescente que se va disolviendo en el líquido amniótico salitroso. Y así camino hasta que el agua me llega al cuello. Voy despojándome de la ropa y las olas se van encargando de dispersarla. Me sumerjo y doy unas brazadas nerviosas porque el agua está verdaderamente fría.

Tras la ablución regreso a la arena pero no sobre mis huellas. Al fondo, a un lado del coche, veo a mis amigos que me observan con ojos incrédulos. Cuando llego a su lado me ven completamente desnudo. Ellos se ríen. Se

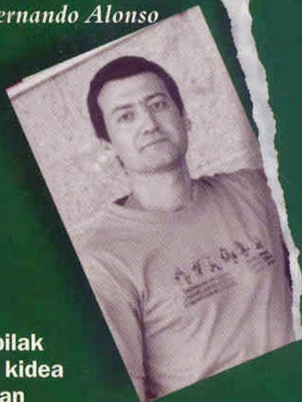
ríen mucho y hacen bromas sobre lo que me ha afectado el mako. Yo también me río. Me río mucho y esta vez ya con risa renovada; con la misma que tenía antes, la que ha estado esperándome diez años para regresar a mi vida. La risa sí que me ha sido fiel, ella no me ha abandonado.

He regresado a Euskal Herria y vuelvo a tener mi risa. Y con ella, me río del infierno y de su silencio.

Fernando Alonso
Mansillako gartzelan, 2001eko ekainean

"Los torturadores son una particular especie de psicópatas íntimos, no les agrada ni la gente, ni los espacios abiertos, ni la luz, ni la dignidad; son ratas de la más abominable de las oscuridades y gustan de hacer su trabajo en rincones y en grupos reducidos. Son alimañas reservadas."

Fernando Alonso



Fernando Alonso
Abad
Sestao
1961

1996ean guardia zibilak atxilotu zuen ETAko kidea zelakoan, garai hartan Egineko erreportari eta ikertzailea zelarik. 2000an *El repartidor de sueños* errelatu labur sorta argitaratu zuen.

